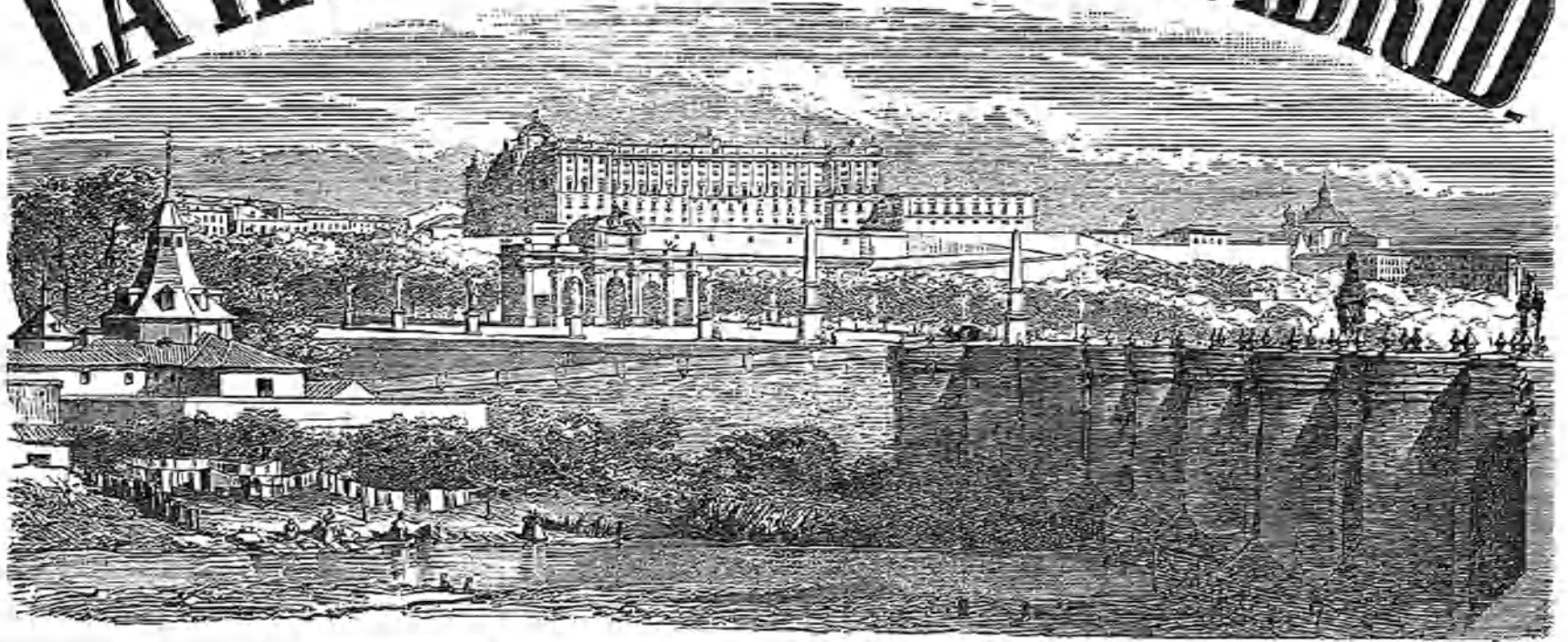


# LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE DICIEMBRE DE 1874.

NÚM. 47.

## SUMARIO.

**TEATRO.**—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—Recuerdos arqueológicos y monumentales de Palencia. Carta III, por D. José Amador de los Ríos.—Melilla (conclusión), por D. Antonio Roa.—Excmo. Sr. D. José Luis Albareda, por D. José Ferreras.—El estafiero ahurrido (poesía), por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Perágrin García Cadená.—Reunión del partido progresista-democrático, celebrada en Madrid el día 28 de noviembre de 1874, por X.—La novela en el tranvía (conclusión), por D. B. Pérez Galdós.—Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal.—El conde de Girgenti, por G.

**GRABADOS.** El conde de Girgenti, dibujo de D. A. Perea.—Exposición de Bellas Artes. Sección de escultura. Últimos momentos de un torero sobre la arena del circo después de una cogida, estípite de D. Rosendo Novás, dibujo de D. A. Perea.—Excmo. señor D. José Luis Albareda, dibujo de D. A. Perea.—Reunión del partido progresista-democrático celebrada en Madrid el día 28 de noviembre, dibujo de D. J. Luis Pellicer.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. La prisión del príncipe de Viana, cuadro de D. Emilio Sala y Francés, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. La tarde del Viernes Santo en Olot, cuadro de don Joaquín Vayreda, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. La Puente de los amores, cuadro de Don Juan Cristino, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

## ECOS.

Pásales a los hombres enanos que se recrean mirando su sombra, la cual suele ser más grande que su cuerpo; y así, mientras la miran, creen ser muy buenos mozos. Yo, en este tiempo, cuando al frío me hace tiritar bajo la capa,



EL CONDE DE GIRGENTI.

y la nieve y la escarcha borran mi sombrero de perlas y diamantes, evoco mis recuerdos del verano y me caliento á su fantástica llama. ¿Os reís, sin duda? Mal hecho. Yo os juré que tengo en mi memoria algunos recuerdos que me hacen sudar en pleno invierno, y me dejan frío en lo más ardiente de la canicula.

Claro es que el hombre no puede sacar de la más ardiente fantasía una sola chispa de fuego material; pero no por eso es ménos cierto que la imaginación más fría encierra inmensos tesoros de combustible. ¿En cuántas almas hemos visto declararse un incendio al recibir la mirada de una mujer? ¿Quién niega que el amor, sobre todo el amor correspondido, tiene propiedades caloríferas? ¿Quién duda que el corazón es la chimenea ó la nevera del hombre? Proverbial es que muchos seres humanos tienen borchata en las venas: otros sienten correr por ellas inflamado petróleo, y todos somos termómetros de carne y hueso que indicamos con fidelidad la temperatura de nuestras pasiones. Llevamos, pues, con nosotros, en nuestro corazón y en nuestra fantasía, grandes elementos calefactores y refrigerantes que no hemos aún explotado, y en los cuales habrá de pensarse seriamente el día en que el furor industrial, siempre creciente, arrase los bosques y agote las minas de carbon de piedra.

No basta para no tener frío en invierno sentarse al lado de la ardiente chimenea, con bata de pieles, con zapatillas suizas y gorro moscovita. La

leña chisporrotea lanzando estrellas de colores que huyen por el negro conducto del hogar, la llama con sus lenguas rojas nos abrasa el rostro; pero el viento se estrella en los cristales del balcón, y las vidrieras rechinan como si alguien quisiera entrar forcejeando; la luz que nos alembra lanza reflejos tristes; la llama de los troncos chispeantes traza siluetas fantásticas que nos inspiran extraños pensamientos... Los leños encendidos vanse convirtiendo en ceniza; cogemos las tenazas y removemos en ella como buscando aquella hermosa luz y aquel intenso calor de antes... removemos en vano. ¡Nada! ¡Nada! ¡Humo y ceniza! Entonces dejamos caer nuestra cabeza sobre la palma de la mano, y el pensamiento en el abismo de nuestros recuerdos. El pasado con sus glorias y sus dolores pasa delante de nosotros; ¡cuánta miseria cubierta de ropajes! ¡Cuánto placer tan largamente expiado!... ¡Amor!... ¡Juventud!... ya pasaron! ¡Ambición!... ¡Cuándo se va satisfecha!... ¡La vejez!... héla que llega!... ¡La muerte!... Un estremecimiento nos despierta y miramos con ojos asustados á nuestro alrededor... El último leño se ha apagado, la llama de la bujía usula moribunda lamiendo los bordes de la arandala... El viento sigue zumbando... y siguen rechinando las vidrieras... ¡Qué soledad! ¡Qué tristeza! ¡Qué horrible frío!

¡Desgraciado de aquel que en invierno no tiene más para abrigar su alma, que su chimenea, su bata, sus zapatillas y su gorro!

Como el fuego es lo que menos calienta en la estación del hielo, acudimos á los ateneos, á los teatros, á los bailes, á los cafés, á todos aquellos sitios en que al choque de las pasiones, de las palabras, de las miradas y de los deseos, brota en nuestros espíritus el verdadero calor, el que mejor abriga: el calor del alma.

Nieva y hielo: no importa. Entrad conmigo en el teatro de la Ópera. Os habéis quedado como el ciego que vuelve á la luz. De la oscuridad habéis pasado al esplendor de un millar de luces de gas. Creeríais que aquel gran recinto estaba alumbrado por un relámpago permanente. El blanco, el encarnado, el oro deleitan nuestros ojos: un murmullo de admiración se rompe con ecos de placer en los artesanos... ¡La luz, el ruido, el movimiento, la vida, han reemplazado ya al silencio, á la soledad, á las tinieblas!

Fijad la vista en los palcos y en la platea. Damas vestidas de blondas y caballeros de frac. Ellos con mucha camisa y ellas al parecer sin ninguna. No arden en el salón chimeneas ni caloríferos; pero exclamáis desde luego, atentos sólo á la vaporosidad de los trajes ¡qué calor debe hacer en este sitio! Y lo hace un efecto. Mientras canta el tenor ó la *prima donna*, el entusiasmo caldea el recinto: los bravos y los aplausos dejan en el aire partículas caloríferas, y en los entreactos las disputas sobre el mérito de los cantantes, las palabras y las miradas de amor que se cruzan de palco á palco sostienen la temperatura. ¡Quién tiene frío en la Ópera! La agrupación de seres humanos, los alientos que se confunden, el movimiento en que nos agitamos, hablando, riendo, disputando y aplaudiendo, hacen de esos centros de reunión inmensos hornillos de que nosotros mismos, leños vivientes y parlantes, somos combustible.

No se crea por eso que yo desprecio el fuego que arde en los hogares. Cuando las ciudades yacen sobre un lecho de carbón, me place como á vosotros recostarme al lado de una chimenea. ¡Sois filósofos! Ved: la esencia es la materia; la llama el espíritu. Esta en nubes de humo se eleva al cielo; aquella se convierte en ceniza.

¡Amáis! En las encendidas figuras que vagan sobre las cortezas de los troncos quizás vereis el contorno de un ángel: del ángel de vuestros amores. Los tristes gemidos de esos troncos quizás os recuerden un suspiro.

¡Sois idealistas! Seguid con rápida mirada los círculos de oro que traza esa chispa nacida en la roja grieta de un leño: vedla correr sobre la alfombra como un insecto de luz y romperse en polvo de colores al tocar nuestro traje. ¡Ha nacido, ha brillado y ha muerto en un sólo instante, como nacen y mueren la belleza y el génio! Si acercando el microscopio á una gota de agua la encontramos henchida de seres vivientes; si cada gota de agua es un mundo, ¡no creéis que á poder aplicar también el lente á esa chispa de fuego encontraríamos en ella alguna creación desconocida, algún universo poblado de imperceptibles hombres-salamandras!

¡Teneis un corazón sombrío y terrible como el del Dante! Formad entonces con ese boceto el espantoso cuadro de un infierno.

¡Sois materialista! Para vosotros la chimenea es pura y simplemente un fogón de mármol, y colocaréis en ella sin escrúpulo un puchero ó alguna besuguera.

¡Quién podrá afirmar que el fuego no está habitado! ¿Comprenderíais la existencia de los pájaros sino los vierais volar?

Acaso los troncos que arrojamos á la chimenea llevan en sí los gérmenes de imperceptibles seres que nacen al calor de la llama y que bullen y se agitan bajo la forma de puntos centellantes; y esos granos de ceniza son acaso sus cadáveres. El calor les da vida y les devora. Viven la vida del fuego: fugaz, espléndida, aniquilante. Esas ascuas son aglomeraciones de mundos igneos; esas chispas son planetas; ese humo que huye por el negro tubo del hogar es una nube de almas.

Tengo para mí que no le debió costar más trabajo á Dios, al quise hacerlo, dar habitantes al fuego que á la tierra, al agua ó al aire.

Ayer me encontré de manos á boca con uno de los muchos que en invierno buscan el calor del cuerpo y del espíritu en las reuniones públicas.

—¿Dónde vas por las noches? le dije despues de haber hablado de otros asuntos.

—Suelo ir al teatro de la Alhambra, donde aplaudo y admiro á Mayeroni, y á donde suelen llevar á mi novia.

—Vamos, no todo es amor al arte.

—A decir verdad, á mí y á ella el arte escénico nos preocupa muy poco. Mi novia no entiende el italiano, y yo menos: así es que somos completamente felices.

—¿Cómo es eso?

—Claro está: no sabes los malos ratos que paso cuando ella va á un teatro en que se representan comedias ó dramas en español: sobre todo si por desgracia el drama ó la comedia que se representa es de mérito. Las gentes de sociedad, y más aún los enamorados, vamos al teatro á vernos, á reunirnos en tertulia, á charlar un poco. Se alza el telón y salen los actores. Me siento en la butaca. Yo miro á mi novia y ella me devuelve las miradas, y unas van y otras vienen, como los caracx de plumas en el juego del volante, mientras los cómicos desarrollan heroicamente el plan de la obra. Cue la cortina y vuelvo á un palco á saludar á mi futura mujer y á mi suegra futura. ¡Delicioso! ¡Sublime! ¡Piramidal! Todo me parece excelente, y de entreacto en entreacto y entre subir y bajar, y suspirar y sonreír, se me pasa la noche que es un placer. Sucede, alguna vez, que mi novia tiene la debilidad de fijarse un momento en la escena; y, algunas veces, una situación dramática, el lujoso vestido de la dama ó otra circunstancia cualquiera fijan su atención y la preocupan algunos momentos. ¡Háse visto ni sentido cosa más insoportable! Hé aquí á mi enamorada que ya no me mira, que ya me ha olvidado, que ya no piensa en mí, que ya no me ama. ¡Me dan ganas de alzarme del asiento y decirle á gritos que no mire á la escena y llamarla ingrata, desleal y perjura! ¡Que una farsa que todos sabemos, claro está, que es mentira, la pueda hacer olvidar un solo instante un amor como el mío, tan verdadero! ¡Y en ocasiones, por cosas como de pura broma se afecta y pierde el color y se desmaya! Dime tú: ¿no es obrar neciamente entregar así el corazón al ingenio de un poeta ó al talento de un actor, para que ellos sin afectarse le cojan y le den vueltas á capricho haciéndole latir, ya despacio, ya deprisa, llenándole de amor, de odio, de júbilo y de tristeza, según les place, como esa botella mágica de los prestidigitadores que siempre está llena del licor que deseamos?

—De manera que tú vas al teatro de la Alhambra...

—Por ser hoy el más inofensivo para mi amor y mi novia, que por dicha no han aprendido el italiano.

Dicen los naturalistas que la América Ecuatorial es el país de las serpientes.

Mirad los escaparates de las confiterías y de las tiendas de comestibles, y os creeréis en la América Ecuatorial.

Los naturalistas dicen que las serpientes más temibles son las serpientes de cascabel.

Séres felices: no conocen sin duda las serpientes... de mazapan.

ISIDORO FERNÁNDEZ FLOREZ.

## RECUERDOS

ARQUEOLÓGICOS Y MONUMENTALES DE PALENCIA.

### CARTAS AL SEÑOR DON JUAN MARTINEZ MERINO

CARTA TERCERA.

#### LAS IGLESIAS Y CONVENTOS.

##### I.

MUY DISTINGUIDO AMIGO Y SEÑOR MÍO: Permítame usted ahora, recordadas en la forma que me fué dado hacerlo en la carta anterior, las muchas bellezas artísticas que atesora la CATEDRAL palentina, y determinados sus principales caracteres, con relación á la historia interna de esa ciudad, que le convida á hacer mentalmente una visita general á las iglesias parroquiales y conventos que completan dicha historia, en cambio de las repetidas en que tuvo Vd. la bondad de acompañarme, sirviéndome de guía. Á la verdad no guarda la Palencia de hoy, semejante en esto á todas las antiguas capitales de nuestra España, el total de los templos que la decoraron durante la Edad Media. Mas justo es advertir desde luego, que si la mayor parte de las ciudades en todos los antiguos reinos cristianos de la Península Ibérica, han visto cercenado el caudal de sus monumentos al golpe de la piqueta revolucionaria del siglo de gracia en que vivimos,—perdió la capital de tierra de Campos, en épocas muy anteriores y por muy distintas causas, una parte de sus iglesias parroquiales, dando así inequívoco testimonio de las transformaciones que iba sucesivamente experimentando.

Sabe Vd., en efecto, mi buen amigo, que la primitiva ciudad de Palencia, repoblada por el obispo D. Ponce, tenía asiento á una y otra margen del Carrion, creciendo en ambas cada día, hasta que á fines del siglo XII tomó extraordinaria extensión bajo la protectora mano de Alfonso, el Bueno. Dada esta disposición verdaderamente pintoresca, no era sino muy natural el que para atender á las necesidades del culto, y aun para la buena distribución del vecindario, procurasen los obispos crear el número de parroquias suficientes á llenar estos fines. Á la margen occidental del río alzabábase, pues, durante el siglo XI y gran parte del XII, hasta cinco parroquias, bajo la advocación respectiva de Santa María, Santa Ana, Santo Tomé, San Esteban, San Martín y San Julian, estableciéndose junto á esta última los primitivos pobladores hebreos, cuya prosperidad iba á llamar, andando los tiempos, al seno de la ciudad episcopal nuevas familias israelitas. Á la margen oriental compartía únicamente, por aquellos días, la cura de almas con la basilica de San Antolin, la parroquia de SAN MIGUEL, levantándose sucesiva y lentamente á medida que se ensanchaba la población, las iglesias de SAN LÁZARO, Santa Marina y San Pedro, con los conventos de Santa Dominga, San Francisco, Santa Clara y San Bernardo. Al lado de San Miguel hallaban acogida desde principios del siglo XIII los moradores hebreos, constituyendo en breve el verdadero núcleo de la principal judería ó aljama palentina, mientras los pobladores mahometanos ó mudéjares se conservaban allende el Carrion, junto á la parroquia de San Julian, ya citada.

No puede por cierto decirse que la ciudad episcopal de la Edad Media carecía de templos cristianos, habida por otra parte consideración al no escaso número de ermitas, que en huertas y viñedos erigia la piedad de aquellos moradores. Pero ya fuese porque hallasen ésto mayor salubridad en la orilla izquierda, ya porque la CATEDRAL llamara á su alrededor adictos y panaguados, ora porque los ciudadanos juzgaran tambien oportuno agruparse para atender á la mútua defensa en la lucha, larga y terrible, por ellos emprendida para romper el yugo teocrático, ora por todas estas causas juntas,—es lo seguro que, agolpándose la población de este lado del río, vinieron á quedar desiertos los cinco barrios de la margen derecha, desapareciendo tambien con ellos la primitiva judería y el arrabal de los mudéjares, con sus sinagogas y mezquitas.

Tan rápidas y lamentables eran la despoblación y ruina de aquella parte de la capital de tierra de Campos (sin duda la más antigua), que ya al terminar del siglo XV se veían sus templos parroquiales trocados en solitarias ermitas; y tanto hubo de ensancharse en ellas la desgracia, en tiempos más cercanos, que al comenzar de la XVII centuria, sólo una cruz de piedra daba en aquel extenso territorio señal incierta, bien que dolorosa, de la pasada prosperidad de los cinco barrios. Hoy, mi querido amigo, como usted mejor que yo sabe, sólo se divisan al otro lado del puente Mayor informes vestigios de la que fué

allí iglesia parroquial de Santa Ana, y entre los frondosos árboles que pueblan las huertas, trazadas sobre las calles y manzanas de las demolidas casas, como una humilde construcción, que quiere recordar la parroquia de Santa María, si bien únicamente conserva su nombre.

## II.

Estériles serán en consecuencia cuantos esfuerzos se hicieron para formar ahora algún juicio sobre las iglesias palentinas, fuera de la actual población, engrandecida, cual he tenido la honra de recordar á Vd., desde los gloriosos tiempos del vencedor de las Navas. Al impulso vivificador que recibió Palencia, bajo el vario concepto insinuado en mi primera carta, de la cnerda política de aquel generoso príncipe, respondieron en efecto por una parte el celo del novísimo Concejo y por otra el no encubierto empeño de la clerecía por mantener en la ciudad, llamada por tan héroe monarca á nueva vida, su omnimodo y radical predominio. Significábase este anhelo por parte del clero en el acrecentamiento de las parroquias erigidas, como un hecho inevitable, por la ya indicada extensión que recibía agitando el río la capital de los Campos góticos, y cabía á la primitiva iglesia parroquial de San Miguel la suerte de ser la primera en transformarse y engrandecerse. Hoy, conservada felizmente en su totalidad, aunque no libre de muy sensibles profanaciones, es también la primera á llamar la atención del artista y del arqueólogo, como es la que con mayor verdad y eficacia le revela así el particular estado del arte, durante la edad en que la construcción se realiza, como los fines especiales á que sus fundadores aspiraron, al llevar á cabo tan peregrina fábrica.

No cumple á mi propósito el hacer aquí menuda descripción de ella: impórtame, sí, manifestar á Vd. asose todo, para moderar un tanto las pretensiones de los eruditos palentinos, que ni la IGLESIA PARROQUIAL DE SAN MIGUEL es *basílica*, como sin crítica arqueológica y con olvido de la historia se pretende, ni pertenece tampoco al estilo *románico* en ninguno de sus internos y genuinos desarrollos. Empezada á construir precisamente en el instante artístico en que se insinúa ya, de un modo harto significativo y poderoso, el movimiento arquitectónico que produce al cabo el arte *ogival*, es realmente un monumento de transición; pero de los más completos é interesantes que pueden servir de ejemplo en la historia general de la arquitectura española. Considerado en la relación local, cobra todavía mayor estima, por contribuir, como lo hace, á interpretar la especialísima situación del clero palentino, siguiendo las corrientes que en el estudio de la *CATEDRAL* me fue dado indicarle.

Presenta, en efecto, esta singular monumento, del cual ni siquiera se dignó hacer mérito el erudito académico D. Antonio Ponz en su *Viaje de España*\*, muy agradable conjunto; y aunque muestra en el progreso de su fábrica de una manera indubitable el ya indicado desarrollo arquitectónico, obedece como creación á un solo pensamiento, constituyendo por tanto una verdadera unidad artística. Son fruto, siguiendo esta doble ley, las primeras zonas de la construcción del estilo *románico*; pronúnciase en las últimas decididamente el *ogival*, si bien no escasean en estas los miembros decorativos del primero, como tampoco faltan en aquellas los arcos ligeramente apuntados, que en mayor desenvolvimiento iban á caracterizar principalmente las producciones del segundo. Hermanándose, compenetrándose, fundiéndose, así en el *ábside* como en la *transepto*, en las fachadas *laterales* como en el *interior* de la iglesia, compuesta de tres naves harto capaces todas y de notable elevación la central, formaban realmente aquellos elementos artísticos una sola entidad arquitectónica, á que infundía privativo carácter la elevada *torre* que asienta sobre la portada principal, colocada en la *imafrente*.

No ménos fuerte que gallarda y gentil, describía también esta *torre* las huellas del estilo *románico* en sus primeras zonas, mientras en las grandiosas fenestras, coronadas de ligeras columnas y arcosos rososones, que abren y aligeran sus cuatro frentes superiores, aparecía ya la ojiva en su total desarrollo. Comparando, bajo su gallarda mole á la *iglesia*, no ya sólo alcanzaba la *torre*,

\* Véase la carta quinta del tomo XI, anteriormente citado. Ponz mencionó solamente tres la *Catedral*, las iglesias de los *Reales* que era en 1782 del Seminario conciliar, la de *Santa Catalina* y su convento y la de *Carmita de los Santos*, cuya fundación hizo personalmente Santa Teresa. No trato de las demás, porque solo podría hablar de mucho indistinto que enfada y de pocas otras bien ejecutadas, que disfrutaban. Por fortuna esta opinión no tiene hoy sucesores, ni este ejemplo ha logrado después imitadores.

de San Miguel á imprimírle notable sello de magnificencia señorial, sino que le comunicaba también cierto aspecto de militar fortaleza. No olvide Vd., al llegar á este punto, que sobre inspirar naturalmente este pensamiento los disturbios intestinos, que iban cada día menudando entre clero y Concejo, hasta producir los sangrientos escándalos, que se ve forzados á castigar con mano fuerte D. Sancho IV, hallábase la nueva judería colocada al lado de SAN MIGUEL, y empezaban ya los desdichados hebreos á ser blanco é incentivo de la saña y de la codicia de las turbas populares.

## III.

Mientras de este modo se reflejaban en la parroquial *Iglesia de San Miguel* el doble estado de la sociedad palentina y los progresos del arte, durante la mayor parte del siglo XIII, prebudiando ya la gran transformación que debía experimentar en el siguiente la *basílica de San Antón*, alzábase en el barrio de la Puebla junto al antiguo *Hospital de San Lázaro*,—cuya fundación atribuyen las piadosas leyendas palentinas al primer conquistador de Valencia,—la renombrada parroquia consagrada bajo el mismo nombre. De más reducidas dimensiones que la de *San Miguel*, revelaba sin duda la IGLESIA DE SAN LÁZARO que no era fruto su nueva construcción del mismo elemento social, que había impuesto á aquella el singular carácter arriba indicado. Su disposición general, el martaje aunque ya ménos pronunciado de los elementos decorativos, *románicos* y *ogivales*, y la especial ejecución de los mismos, todo persuadía allí de que era debida á la postrera parte del siglo XIII, ó acaso á la primera del XIV aquella fábrica, cuya unidad iba á romper, declinando ya el XV, la interesada opulencia de D. Sancho de Castilla. Hijo del obispo D. Pedro, que traía, como Vd. sabe, su origen del rey D. Pedro I, había procreado grangeras el aura de los populares, declarándose adversario de los sucesores de su padre en la silla de Palencia; aplaudido por los ciudadanos, pensó tal vez levantarse en hombros del Concejo, para lograr cierta representación señorial, única en los fastos de la capital de los Campos góticos; y por captarse la benevolencia de todos, hacia gala de piedad, residiendo bajo más amplia traza la capilla mayor de la PARROQUIA DE SAN LÁZARO.

Desfigurábase de este modo el primitivo templo, levantado junto al *Hospital del Cid*, formando notable contraste las dos construcciones que lo componían. Don Sancho de Castilla había jactancioso alarde de su nobleza y parecía emular el ejemplo dado por los obispos en la *CATEDRAL*, coronando la nueva fábrica con grandes escudos reales, en que al lado de los leones y castillos se veía no obstante cruzar la barra de bastardía que denotaba su origen. Poco tiempo después de su muerte exornábase, conforme á sus mandatos, la capilla mayor con muy notable retablo, de cuya riqueza sólo puede hoy juzgarse por las bellas tablas conservadas felizmente en el desgraciado *almacén* que lo substituyó á fines del siglo pasado ó principios del presente. Representan dichas tablas varios pasajes de la milagrosa resurrección de *Lázaro* obrada por Jesús, y son de alto precio no ya sólo bajo la relación arqueológica, sino también bajo la consideración artística. En el centro del novísimo retablo ha sido colocada con excelente acierto otra tabla de escuela romana, que figura á la Virgen con el niño Dios en sus brazos; y en la sacristía se custodia, por último, otra tablita de muy lindo diseño y esmerada ejecución, coronada por un fragmento de muy delicado dorete cubierto de oro, sin duda, exquisito vestigio del retablo debido á la magnificencia de D. Sancho de Castilla.

No ofrece la iglesia parroquial de *Santa Marina*, puesta al extremo septentrional de la población, tal como hubo de resultar ésta por efecto de los ensanches posteriores al de 1190, el interés que la de *San Lázaro*, ni ménos que la de *San Miguel*, reflejando así vivamente la historia palentina. Compuesta de tres naves, daría, sin embargo, cabal razón de la época en que fue construida, sin las numerosas restauraciones y aditamentos que la han despojado de sus característicos ornatos, desfigurando sus principales miembros arquitectónicos. Nada existió en ella por otra parte que revelara haber sido objeto de la predilección de algún poderoso, como aconteció con *SAN LÁZARO* y aun con *San Miguel*: pregonan en la primera los ya citados escudos heráldicos las pretensiones señoriales de D. Sancho de Castilla; muestran en la segunda (con los recuerdos sepulcrales del valeroso palentino, Alfonso Martínez de Olivera) las estatuas *orantes* de Andrés de la Rúa y Constante de Rivadeneyra que aun muy mediano ya el siglo XVI (1502-1650), proseguía siendo mirada la *basílica de San Miguel* con singular predilección por los ca-

lleros de Palencia: la iglesia parroquial de *Santa Marina*, desnuda de fastuosos ornatos y desheredada de sumptuosos enterramientos y de otras señas de orgullo ó poderío, parecía reflejar la modestia de sus feligreses, hombres de campo ó artesanos desde su erección como tal parroquia.

## IV.

Ya ve Vd., mi distinguido amigo, hasta qué punto es dado obtener del examen de los templos parroquiales de esa ciudad verdadera confirmación de su historia, la cual se refleja con no menor eficacia en los conventos, levantados en su seno durante la Edad Media. Hallábase en su mayor crecimiento esa capital, merced á la protección que le había concedido Alfonso, el Bueno, cuando estatuidas ya las Ordenes populares de Santo Domingo y de San Francisco, recorrieron ambos fundadores el suelo español, para propagarlas en él, como lo habían hecho ya é hicieron despues en otras naciones occidentales.

Fama es que la capital de tierra de Campos holgase por extremo de hospedar al hijo de Cateroega, quien honró sus Estudios generales durante la primera juventud, y que recibió con igual predilección á los mensajeros del hijo de Asia, concediendo á uno y otros amplios solares para construir grandiosas iglesias y espaciosos conventos en la dilatada zona que á la sazón estaba todavía casi despoblada. Los hijos de Francisco, huérfano democrático que vivió de la caridad cristiana, lograban allí tanta fortuna que ya en el reinado de Fernando IV (1295-1312) podían dar posada á la corte de Castilla, siendo los cláustros de su nueva casa frecuente teatro de ruidosas juntas señoriales, en medio de las discordias que asolaban el reino: los hijos de Domingo, grey más aristocrática, llamada á restaurar la palabra evangélica, no sin contradicción del obispo y cabildo, que dirimie al cabo el romano Pontífice, alcanzaban todavía mayor predilección de manos de Sancho IV (1294-1305), quien mirando el convento, distinguido desde luego con el nombre de *San Pablo*, como casa propia, le honraba con las armas reales, colmándole de privilegios y riquezas.

El tiempo, las vicisitudes políticas, y lo que no es posible olvidar, los caprichos de los religiosos, han adulterado sucesivamente aquellas grandiosas iglesias, que á conservarse en su pristino estado, constituirían dos de los más interesantes monumentos del siglo XIII. Ambas corresponden al estilo *ogival*, en la primera época de su más propio y varonil desarrollo, si bien en alguna de sus partes revelan todavía notables rasgos y aun miembros del arte *románico*: ambas nos dicen en sus levantados ábsides, que señorean la masa total de la construcción, destacándose á lo lejos como erguidas torres, y en sus gallardas naves centrales, que aligeran delgados arcos, y enriquecen esbeltas pilares, que si fué debida á la benevolencia y popular respeto la concesión de los solares, en que aquellas fábricas se erigieron, crecieron con extraordinaria magnificencia bajo la protectora mano de los reyes de Castilla: ambas nos enseñan, en fin, con la memoria de los sepulcros que puso allí la real familia, que si les confiaron un día los príncipes de Castilla las causas de sus hijos, no correspondieron los de Francisco y Domingo á tal predilección, que los colmaba de favores,—arrojándolos en contrario, antes de terminar el siglo XV, para conceder sin duda el mismo lugar á otros bienhechores.

No me fuera dado recordar á Vd. las vicisitudes, por qué ambos templos han pasado hasta nuestros días, sin causarle notable molestia, pues que Vd. mejor que yo las conoce. Para ambos fué el siglo XVI ocasión de mayor engrandecimiento, no ya sólo respecto de sus fábricas arquitectónicas, mas también de los objetos que constituían el mobiliario, y aun de ciertas obras adheridas á sus muros, tales como rejas, sepulcros y retablos.

Vieron efectivamente una y otra iglesia ensanchadas sus capillas mayores, merced á la piedad de D. Juan de Castilla, prelado de Salamanca é hijo del obispo D. Pedro, como el ya memorado D. Sancho, y á la magnificencia de D. Juan de Rojas, marqués de Peza; pero más afortunada la de *San Pablo*, ó merced más singular predilección, ó tuvieron sus religiosos mayor empeño en conservar las riquezas artísticas, en aquel tiempo y aun en siglos precedentes atesoradas. Muy dignas de estudio son en aquella grandiosa Iglesia las antiguas tablas tal vez de principios del siglo XIV que forman, en la nave lateral del Evangelio, parte del retablo de *Santa Ursula*, como lo es también todo entero el de la capilla de los Zapatas, obra de muy delicada talla y preciosa ocultura, que representa el *Descendimiento*, y fué colocada allí en 1508. Grandioso es el retablo mayor, ter-



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE UN TORERO SOBRE LA ARENA DEL CIRCO DESPUES DE UNA COQUIDA.—ESTATUA DE DON ROSENDO NOVAS.



EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ LUIS ALMAREDA.

minado antes de 1534, lo cual le recomienda sin más á la estimación de los entendidos, como lo son también en ambos muros laterales del presbiterio, los sepulcros del ya memorado marqués de Pozo y de D. Francisco de Rojas, su nieto. La ilustración de la presente edad no ha respetado del todo al primero, fruto espléndido del estilo *plateresco*, debido ya á los postreros días del siglo XVI; el segundo grandemente elogiado por el académico Ponz, como obra vitruviana, persiste en cambio casi intacto: las estatuas orantes de ambos recuerdan las muy celebradas del Escorial, esculpidas por aquellos mismos días.

Perdóneme Vd. que le habla tan de pasada de estos monumentos funerarios, á los cuales debería unir el bello enterramiento que guarda aún el convento de San Francisco en su capilla de San Antonio, obra de estilo *Acido-ogival*, perteneciente á los últimos años del siglo XV, y al no ménos estimable de estilo *plateresco*,

que existe en la ya citada capilla de los Zapatas, en la iglesia de San Pablo. Va siendo por extremo prolija esta carta y no quiero cerrarla, sin añadir algo sobre el *Convento de Santa Clara*, última de las construcciones religiosas que visité con Vd. en Palencia.

Fundado en 1378 por solicitud y á expensas del almirante de Castilla, D. Alfonso Enriquez y de la ricahembra doña Juana de Mendoza, su mujer, véase su iglesia consagrada al culto en 1429. Es en verdad este templo notablemente suntuoso y revela el estado del arte ogival, próximo ya á su último desarrollo, prometiéndole aún largos días de vida. No amenazaba tampoco ruina el convento; y sin embargo, tal vez porque condrara á los intereses de algun especulador ambicioso, tal vez porque las autoridades superiores de la provincia concepitáran productivos para la Hacienda pública los solares y el material útil de aquella vieja fábrica, távose por cierto á raíz de la revolución que iba á ser

derribada. Bajo esta impresión llegó, como Vd. mejor que yo sabe, á esa capital la comisión del Museo Arqueológico Nacional, encargada de acrecentar las colecciones de este nasiente establecimiento; y como ella expresa en la *Memoria* de su viaje, puso el gobernador de esa provincia á su disposición los objetos que pudieran convenirle en el convento citado. Eran su *cláustro* y su *coro* obras de gusto *medieval* del tiempo de los Reyes Católicos, dignas por cierto de esmerada conservación, y más principalmente en Palencia, donde no abundan las producciones de aquel estilo; los comisionados temieron, sin duda, que destruidas por la terrible piqueta del siglo XIX, desaparecieran también los bellos ornatos que las decoraban, y por salvar alguna parte de ellos del supuesto naufragio, aceptaron el ofrecimiento del gobernador, recogiendo los objetos «arrancados ya del lugar que ocupaban», quitando de los preciosos retablos, que exornaban los ángulos del *cláustro*, las muy tí-

piezas labradas de que se componían y cortando las agujas y gallardas morchuecas que la servían de marco y de corona. Porque sobreviniera alguna memoria al derribo del coro, tomaban un gran trozo del bellissimo *antepecho* de su segundo cuerpo, hacían otro tanto con la *silberia* ogival del mismo, sacaban la raja del somogatorio, obra del siglo XVI, y á fin de evitar que la traviesa de los muchachos de esa ciudad acabasen con ellas, apeaban tres lindas estatuas de piedra, que exornaban el timpano de la portada exterior de la iglesia. Todos éstos y otros objetos ornamentales fueron, pues, extraídos del *Convento de Santa Clara* bajo la amenazadora hipótesis de su demolición inmediata; ésta no se ha verificado felizmente, siendo el edificio entregado á la Diputación provincial, para usos útiles, mientras el *aláutro* y el *coro* ofrecen al viajero el más doloroso espectáculo. Vd. recordará cuánto lamentó, á vista de aquella destrucción innecesaria, el errado concepto del gobernador y aun la precipitación, con que hubo en todo de procederse, y cuánto huelga de que no se reparase tal vez en la graciosa techumbre del *aláutro*, ejemplo de ligera y bello de pintura *mojigar*, el cual muestra cuánto debió el siglo XVI á la influencia oriental en las construcciones habitables de todos géneros. En suma: el *Convento de Santa Clara* ha sido víctima de una falsa alarma, y sus despojos enriquecen hoy el Museo Arqueológico Nacional. Bueno será que este ejemplo sirva de aviso á sus futuros comisionados, para obrar con mayor cautela y parsimonia, no dejándose llevar de dichos no oficiales: su responsabilidad, en otro caso, puede ser grande, y no habría de faltar quien por ministerio de la ley la exigiera.

## V.

Llegó ya al término de la tarea que la benevolencia de Vd. y de los buenos amigos de esa se sirvió imponerme. Palencia cuenta, demás de los monumentos mencionados, algunos otros dignos de mención especial: tales son, por ejemplo, la *Portada de la Iglesia de San Bernardo*, aunque obra un tanto decadente, y la de la que fué de *Jesuitas*, construcción, como aquella, aunque de gusto diferente, debida al siglo XVII. Los monumentos que dejó mencionados en esta mi última *Carta*, ora asociándose en su genuina representación histórica al templo *Quatro*, ora interpretando y aun personificando otras aspiraciones ó intereses, según he tenido la honra de advertir á Vd., bien que de pasada, confirman una vez más é ilustran de un modo efesísimo el fundamental principio, que va sirviendo de norte á la ciencia arqueológica de nuestros días, dándole verdadera y fecunda trascendencia. Los monumentos de las bellas artes, que hermana unas veces y sintetiza otras, la arquitectura, son el más fiel é ingenuo espejo de la vida de los pueblos: en ellos se reflejan igualmente su estado intelectual, su estado social y su estado político; y en ninguna ciudad de España pueden ser más útiles y trascendentales las enseñanzas que revelan, que en esa antigua capital de los Campos golficos.

Si no establecer esta superior relación, hubiera sido, en verdad, de todo punto estéril la contemplación de las bellezas que los monumentos palentinos atesoran; y yo ruego á Vd. y á nuestros ilustrados amigos que se sirvan dispensarme, si he pasado con excesiva prisa por los pormenores (detalles), en gracia de aquel más levantado propósito. De todas maneras, no dejaré de manifestar aquí, para terminar, que los monumentos de Palencia están reclamando, en todos conceptos, estudios más detenidos y profundos que los que hasta ahora se han dado á luz sobre ellos, y que sólo cumple ya á sus hijos el realizarlos.

Quedó de Vd. con la mayor consideración su muy devoto amigo Q. B. S. M.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

Octubre, 16, 1871.

## MELILLA.

(Conclusion.)

Á menos de una legua al Este de Melilla existe una gran laguna conocida con el nombre de Laguna de puerto nuevo, la cual por la gran importancia que se le dió en el siglo XVI merece se diga algo acerca de ella. Ocupa una extensión de cinco á seis leguas de largo en sentido de la costa, por algo más de dos leguas de anchura, y estaba en aquel tiempo en comunicación con el mar por una boca que en lo más estrecho tenía unas ciento cincuenta brazas y cinco ó seis de profundidad. Los dos arrecifes que separaban esta laguna del mar y cuyos ex-

tremos formaban la boca de entrada, tenían una legua próximamente de longitud el de Levante y cuatro el de Poniente, siendo la anchura del primero de trescientos á ochocientos pasos y de doscientos á doscientos cincuenta la del segundo en su embocadura, ó sea á las inmediaciones de Melilla. La entrada á la laguna estaba defendida por un arrecife de piedras que parecía construido artificialmente, por lo cual suponen algunos fué hecho por los romanos, así como también la boca de dicha laguna, en la que abrigan sus armadas para salir después á sus conquistas en la Mauritania y en Berbería. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que dicha laguna, reconocida en 1609 por D. Luis de Requesens y por D. Juan de Austria, y posteriormente, según mandato expreso de Felipe II, por Gil de Andrade, Juan Andrea Doria y el Fratin, célebre capitán de ingenieros, todos convinieron en que era un refugio muy seguro para los barcos y el único existente en la dilatada costa de Berbería, llegando algunos á calificarle como el mejor puerto del mundo.

El temor de Felipe II de que las armadas del gran turco se apoderasen de dicha laguna y desde allí prestasen auxilio á los moros levantados en Granada ó se utilizasen de ella para perjudicar á España, hizo que se ocupase detenidamente de este asunto, planteando el problema de qué sería mejor, si apoderarse los españoles de la laguna defendiendo la entrada con un fuerte que se erigiese convenientemente, ó bien inutilizar el fondeadero cerrando la entrada. Desechado el segundo parecer por todos los que estudiaron el asunto, se decidieron algunos por la erección del fuerte, y los más porque no se hiciera nada dejando las cosas tal y como estaban, pues en su concepto eran imaginarios los peligros que temía el rey ó imaginarias también las utilidades que reportaría el poseer la laguna por la explotación de las salinas que existían sobre el arrecife de Levante, de las cuales se hacían grandes elogios, y no creían por tanto necesario hacer el gasto considerable de la erección de un fuerte, cuando este gasto no podía compensar, ni con mucho, las utilidades que había de reportar.

Esta última idea, sostenida con gran copia de razones por el Fratin y por Juan Andrea Doria, quien en 1576 hizo otro reconocimiento detalladísimo é informó al rey en un extenso documento que lleva la fecha del 4 de octubre, y que, como los demás á que nos vamos refiriendo, se halla en el archivo de Simancas, no satisfizo, sin embargo, al carácter suspicaz de Felipe II, y mandó reunir en Madrid una junta compuesta de Juan Andrea, don Francisco de Álava, Francisco de Ibarra y el duque de Alba, para que examinasen este asunto, dándoles cuantos antecedentes había, y después de varias reuniones, de haber pedido nuevos datos al Fratin, que á la sazón se hallaba dirigiendo las fortificaciones de Cartagena, y de otros mil incidentes que no son del caso en este artículo, convinieron en que nada debía hacerse, escepcion hecha del duque de Alba, que insistió en la conveniencia de construir unas torres defensivas. Dada cuenta al rey de todo, desistió de su idea, aunque no lo hizo enteramente convencido, según se desprende del decreto marginal que de su puño y letra aparece en el expediente y dice así:

«He visto lo que aquí decís que es de mucha consideración y en que hay que mirar mucho de una parte y de otra porque así es que quizás sería incómodo (á los turcos) á lo que quizá no piensan, y si se han de hacer «los fuertes han de ser de manera que aunque venga la «armada del turco no haya de qué temer y estando todo «tan previsto que cuando se comienzan no se alce la mano «dellos hasta acabarlos, y para esto ya se vé el di «nero que será menester y con las cosas que ay agora «ven que gastarse es imposible que le aya para ésto, á «todo quanto yo creo y no pudiéndose hacer por agora, «no sé si es bien andarlo moviendo, ni tratándolo, ni «cambiándolo á visitar, pues creo yo que con lo que vie «ron Bepasiano Gonzaga que creo que lo vió y Gil de «Andrade se debe de tener entendido bien todo lo que «allí se podría agora ver.» Sigue después en el decreto hablando de otras cosas que no tienen relación con este asunto, y luego, como no satisfecho del giro que había tomado la cuestión, vuelve sobre lo mismo y añade: «y porque quizá el marqués de Santa Cruz ha visto «lo de la laguna antes de yr á Italia, e entendido po «dríasele preguntar entretanto y saber su parecer y or «denarle que si lo ha visto lo vea cuando pueda con «alguna ocasión y disimulación, aunque agora lo mejor «creo que es que se vengán á ymbenar las Galeras, etcé «tera.»

Más adelante, en el siglo XVII, un gobernador de Melilla propuso apoderarse de la laguna enlazándola con la plaza por medio de una serie de fuertes, esperando de esta medida grandes utilidades; pero en la corte no fué

bien recibida la idea, pensando acertadamente que era imposible mantener fuertes tan aislados de la plaza, cuando los que estaban á sus inmediaciones á duras penas podían sostenerse.

La boca de la laguna se cerró en 1775 á consecuencia del terremoto que en dicho año se dejó sentir en toda Europa.

Mucho se ha hablado y discutido acerca de la conveniencia para España de conservar ó abandonar á Melilla y los demás presidios menores. Respecto al primero de dichos extremos, en el documento de que ya ántes hemos hablado, dirigido al rey por Juan Andrea Doria dando cuenta del reconocimiento practicado en 1567 sobre diferentes puntos de la costa africana, se inclina el almirante por el abandono, haciendo las siguientes reflexiones, después de decir que la plaza es muy mala é incapaz de resistir un ataque formal.

«Si se tiene esta plaza solamente por el servicio que «se pueda recibir por medio della en Berbería ó por «impedir que los enemigos estando allí no vengán á tener mayor comodidad de hacer daño en los reinos de «vuestra majestad, digo que á mi parecer es supérflua «la costa que se hace en sustentarla, porque siendo la «laguna tan pequeña y sin puerto y muy lejos de otro qual «quier lugar de indies, no se puede tener allí, ni ejército, ni armada, y aunque se pudiese tenerlos, no se «podría hacer con ellos algun efecto de importancia, «pues como está dicho, no hay allí cerca, ni por tierra, «ni por mar, fuerzas donde las de V. M. se puedan ocupar, y quanto al daño que siendo la dicha Melilla en «poder de los moros podría causar á los reinos de vuestra majestad, estas mismas razones demuestran que «tambien es supérflua la costa que en ella se hace, pues «que no habiendo puerto no hay por qué temer que haya «de reducirse á vivir allí corsarios; así es que si la «dicha Melilla no se sustenta sino con estos fines, como «á decir que á mi me parece que sería mayor servicio «de V. M. mandarla derribar de manera que no quedase «en ella habitación ninguna, porque aunque las salinas «(se refiere á las de la laguna) fuesen de mucho prove «cho, no lo serian jamás de tanto que pudiesen suplir á «la costa que allí se hace, y si se ha de mirar á la repu «tacion y que no parezca bien el desamparar en Berbería «una cosa que ha estado de tantos años á esta parte de «bajo de su real corona, remitirme he al parecer de vuestra majestad, que será más acertado de quanto se pueden dar en ello.»

En 1576 volvió á insistir en este pensamiento, y en vista del empeño demostrado por Felipe II en apoderarse de la laguna, propone que se demuela Melilla y se traslade guarnición y material al fuerte que se construyese á la entrada de dicha laguna, exponiendo, sin embargo, lo inútiles que serian todos estos gastos.

Á consecuencia de tales escritos mandó el rey someter la cuestión á la misma junta encargada de informar sobre la ocupación de la laguna, opinando dos de los vocales por el abandono, y por la conservación los otros dos, no dando, sin embargo, los últimos otra razón para sostener su dicho que la de «que se perdería mucho en reputacion con semejante acto.»

Por real orden de 23 de julio de 1763 se nombró una comisión que estudiase este asunto. Á informarse la que creyese conveniente. En la extensa Memoria presentada en 1774 por los miembros de esta comisión que lo fueron el coronel D. Felipe Caballero, teniente de rey de la plaza de Cartagena, el coronel de ingenieros D. Mateo Vodopich, el capitán de navío D. Pedro Justiniani y el teniente coronel de ingenieros D. Segismundo Font, se deciden por el abandono y demolición de Melilla, fundándolo en la ninguna utilidad que presta la plaza y los constantes sacrificios de todas clases que cuesta su conservación; concluyendo dicho escrito con un proyecto en el que se marcan detalladamente todos los pasos sucesivos que deben darse para llevar á cabo la retirada y demolición, con el presupuesto de todos los gastos, que se calculan en 306.041 reales 26 maravedises. De este curioso documento resulta que en aquella época vivían en Melilla mil cuatrocientas cuatro personas, de las cuales mil doscientas una eran soldados y confinados y las doscientas tres restantes oficiales y vecinos de la población. Que había que transportar á España á esta gente y sus equipages, calculados en 1.322 tercios, así como todo el material de la plaza, cuya peso era de 91.911 quintales 86 libras y 12 onzas: es decir, un total de 3.486 toneladas.

En 27 de abril de 1760 el capitán general de Cataluña, marqués de la Mota, dió un informe, que le fué pedido de real orden, en el cual se pronuncia en absoluto por el abandono de los tres presidios menores, si bien, teniendo en cuenta las dificultades que á su juicio presentaba la destrucción del Peñón y Alhucemas, opinó

en definitiva por conservar estos como un mal preciso y demoler Melilla.

Posteriormente se ha tratado también de este asunto, sin que nunca se haya llegado á resolver nada en definitiva, apesar de que la inmensa mayoría de las personas que de él han tratado, bien en documentos oficiales, bien en folletos ó otros escritos de carácter particular, se hayan pronunciado por el abandono.

Hecha esta reseña histórica de las vicisitudes por que ha atravesado Melilla desde la época de la conquista, vamos á dar una ligera idea del origen del actual conflicto con los marroquíes, ó sea de la obra de desviación del río Oro.

Lo que se llama río Oro es un torrente que, recogiendo las aguas de las laderas de las montañas inmediatas á la plaza en una extensión de cuatro á cinco leguas, va á desembocar sobre el pequeño fondeadero, lamando los muros de la fortificación. Siendo dichas laderas sumamente rápidas, de naturaleza arcillosa y desprovistas completamente de arbolado, se precipitan por ellas con tal rapidez las aguas pluviales, y es tal la pendiente del cauce del río, que llegan estas últimas al mar con una gran velocidad, arrollando cuanto encuentran á su paso.

El desagüe que parece más natural para este río, no es el que hoy tiene, y se cree que algunas obras hechas en tiempos antiguos por los moros, cuando estaban en constante guerra con la plaza y disponían de más recursos que en la actualidad, obligaron al río á variar su curso natural, cambiando bruscamente de dirección casi en ángulo recto á unos 600 metros de la plaza. No existen datos seguros en que fundar esta opinión, admitida por la mayor parte de los que han escrito acerca de Melilla, y lo cierto es que no se advierte vestigio de obra alguna en el punto de la desviación; pero da algún valor á dicha idea la circunstancia de que los moros se valen cuanto pueden del expresado río para hacer todo el daño posible á la plaza. Á principios de este siglo consiguieron, fortificando la orilla derecha, inclinar más la corriente hacia las murallas, de modo que en las avenidas de 1837 se llevó el río toda la parte circular del fuerte de San Jorge, fuerza que concluyó de llevarse en la gran inundación ocurrida en 1843.

En otras ocasiones, modernamente también, han atacado con gran violencia el fuerte de Santa Bárbara, primero que se presenta á la desembocadura del río, consiguiendo por dos veces destruir la contra-escarpa de dicho fuerte, con objeto de que el río, internándose por los fosos, arrastrase en sus avenidas todos los fuertes bajos de la línea exterior.

Teniendo, pues, en cuenta la tendencia del río á inclinarse cada vez más sobre la plaza, y viendo por los destrozos ya causados la posibilidad de que en otras avenidas se lleve el débil muro de piedra y barro que une el fuerte ya citado de Santa Bárbara con el importantísimo de San Miguel, inundando los huertos que son uno de los grandes recursos de la plaza, se pensó algún tiempo después de la última guerra de Africa en desviar el curso de dicho río, idea que ántes no hubiese podido plantearse porque nuestros límites con el imperio marroquí no lo permitían. Ensanchados dichos límites á consecuencia de la paz celebrada después de la batalla de Vad-Ras, se dió gran impulso á dicha idea y se empezó la ejecución del proyecto, dificultosísimo en su parte material por la hostilidad constante de nuestros vecinos, que hace muy difíciles, cuando no imposibles, las operaciones de campo.

No se sólo al temor á las inundaciones lo que obliga á la desviación del río. Este arrastra en su movimiento gran cantidad de arenas que han inutilizado el pequeño puerto que tenía Melilla, en el cual podían abrigarse algunos barcos, no sólo de los temporales, sino también del fuego enemigo. En 1843 se empezó la limpieza de este pequeño puerto, y continuada con actividad se consiguió en un año próximamente tener hasta cinco brazas de fondo, con lo cual se obtuvieron grandes ventajas; pero como este trabajo no puede ser constante, es imposible obtener un resultado satisfactorio, á menos de hacer desaparecer la causa que á él da origen.

Otra ventaja, y de no escaso interés, se piensa obtener con la desviación. Sabido es que el azote de las enfermedades diezma anualmente la guarnición, y se cree con algún fundamento que dicho mal proviene de la proximidad del río y estancamiento de las aguas en su desembocadura; el alejar esta seria, por consiguiente, una obra de absoluta necesidad, aun cuando no estuviere reclamada por las consideraciones anteriores.

Reconocida como necesaria y aun urgente la obra de desviación del río, se formó el proyecto en 1863, y en julio del mismo año se sometió á la aprobación del ministerio de la Guerra.

Circunstancias que no son del caso mencionar hicieron que por entonces no recayese resolución alguna acerca de dicho proyecto, el cual no vino á ser aprobado hasta noviembre de 1865, habiéndose incluido en el presupuesto general del Estado correspondiente al ejercicio económico de 1865-1866, la cantidad necesaria para la ejecución de la obra, calculada en 726.800 reales.

Al tratarse de inaugurar los trabajos á principios del año 1866, supo el gobernador de la plaza que las kabilas iban á oponerse por la fuerza, y obrando, á nuestro entender, con gran acierto y prudencia, ántes de dar un paso que pudiese comprometer á España en una guerra quiso tener instrucciones precisas del Gobierno, á cuyo efecto, y para darle noticias más seguras que las de los rumores que á sus oídos habían llegado por medio de los moros amigos, pasó una comunicación al califa del campo fronterizo, representante de la autoridad marroquí durante la ausencia del bajá, á fin de que le informase lo que había de cierto en el asunto. El califa contestó en los siguientes términos:

«La felicidad del gobernador de Melilla, D. Pedro Beaumont. No cesamos de preguntar por vos; en todas ocasiones suplicamos á Dios que estéis bueno. Hemos recibido vuestro escrito, y quedamos enterado de lo que me preguntais por los de Kalia, y lo que han tratado cuando se han reunido por el asunto del río, que sepais que yo no estaba presente; pero nos enteraron algunos de ellos que se han convenido en consultar este asunto con nuestro Señor, y lo que les mandase nuestro Señor, esto se hará; quisiéramos que vos esperéis algunos días hasta que llegase el bajá, y se hace bien, y la paciencia contiene todo bien, y que es propio de todo hombre razonable, y no os apresureis que pronto vendrá el bajá, sin duda. Quedaos con Dios. «Primero de Sana de 1285.—Muhamed-Bin-Amed, á quien Dios guarde.»

Con esta contestación, el gobernador consultó al Gobierno, y desde este momento empezaron las negociaciones diplomáticas por medio de nuestro representante en Marruecos, acerca de las cuales nada debemos decir, y si sólo que á consecuencia de las mismas mandó el emperador en junio de 1869 un firman á la tribu de Kalia para que no se opusiera á los trabajos, orden que las kabilas se negaron á obedecer, fundándose en que el tratado de paz no concedía á los españoles el pleno dominio de los terrenos cedidos, sino sólo el usufructo de las yerbas para el alimento de los ganados existentes en la plaza.

En vista de esta oposición, se acudió de nuevo por la vía diplomática, decidiéndose por fin el emperador á enviar algunas tropas al Riff para hacer obedecer sus órdenes, con cuyo motivo se mandó, en setiembre último, que se empezasen los trabajos tan pronto como se presentasen las citadas tropas.

Lo que después ha pasado, todos lo sabemos. Llegaron unos cuantos moros de rey, y bien por su escaso número, bien por cualquier otra causa, no se atrevieron á luchar con las kabilas rebeldes que á toda costa quieren impedir la obra: ésta no pudo emprenderse porque la guarnición ni tenía fuerzas suficientes para mantener el campo, ni el Gobierno tampoco quería crear ni sostener un conflicto que pudiese originar una guerra: los rifeños se han declarado en abierta hostilidad contra la plaza, y desde sus seguros ataques, situados dentro del terreno de España, hacen un fuego certero y eficaz sobre la plaza y sus defensores: los moros de rey miran impasibles la lucha, y los nuevos refuerzos ofrecidos por el sultán no han llegado todavía.

Qué resultará de aquí, no es fácil preverlo; pero si los acontecimientos hicieran necesaria una corta campaña, nadie podrá poner en duda que la razón está de nuestra parte, ni podrá tampoco decirse que el conflicto ha sido promovido por una imprudencia por parte de España, ántes bien, quizá á algunos parezca que debiera haberse obrado con más energía.

España está en su pleno derecho, emprende la primera de una serie de obras que son de absoluta necesidad, si la plaza ha de conservarse; la desviación del río se hace por entero dentro del terreno que es de España, y en aguas españolas está también la nueva desembocadura: no hay, pues, razón ni motivo para oponerse á ello.

Terminada esta obra, es preciso pensar en que se acabe de una vez la lucha que venimos sosteniendo hace cuatro siglos; es preciso pensar en reformar las fortificaciones llevando á cabo el proyecto aprobado, que, á la par que da gran ensanche á la ciudad, defiende todo el terreno exterior, permitiendo la colonización de éste y dando nueva vida á aquella posesión de modo que pueda ser útil para el porvenir; pues para conservarla como hoy se hace, á costa de grandes gastos y sacrificios de todo género, sin obtener ventaja alguna y disponiendo

nominalmente de una extensión de terreno que tenemos que contentarnos con ver desde lo alto de las murallas, para esto, repetimos, es mucho mejor abandonar la plaza, así como el resto de los presidios menores.

Nuestra opinión concreta en este asunto es muy sensible: devolver al emperador de Marruecos las tres plazas de Melilla, Alhucemas y el Peñón, con todos sus terrenos, á cambio de aumento de territorio en Ceuta. Esta es una idea que creemos merece discutirse y que de ser aceptada produciría, en nuestra pobre opinión, grandes ventajas á España.

ANTONIO ROVI.

Madrid 26 de octubre de 1871.

## EXCMO. SR. D. JOSÉ LUIS ALBAREDA.

No sé si diga que la tarea que me hecho sobre los hombres es superior á mis fuerzas, considerando sobre todo que con esta vulgar y manoseada fórmula empieza todo el mundo sus discursos ó sus artículos; pero si diré, porque ésta es la verdad pura, que siento cierto embarazo al tomar el pincel con que he de bosquejar la figura del Sr. Albareda.

Decir con más ó menos acierto lo que representa una persona que ha bajado á la tumba, empresa es que tiene las dificultades de toda obra humana y que es remata mejor ó peor, según el talento y la experiencia del artista; de todos modos, suele ser un hablar que tiene sus puntos de contacto con el hablar de las estrellas; pero decir de un vivo que nos lee, que nos oye y que nos acecha, lo que ha hecho y lo que ha escrito, preciso es confesar que tiene dobles escabrosidades, y que no es tan fácil de llenar como parece á primera vista.

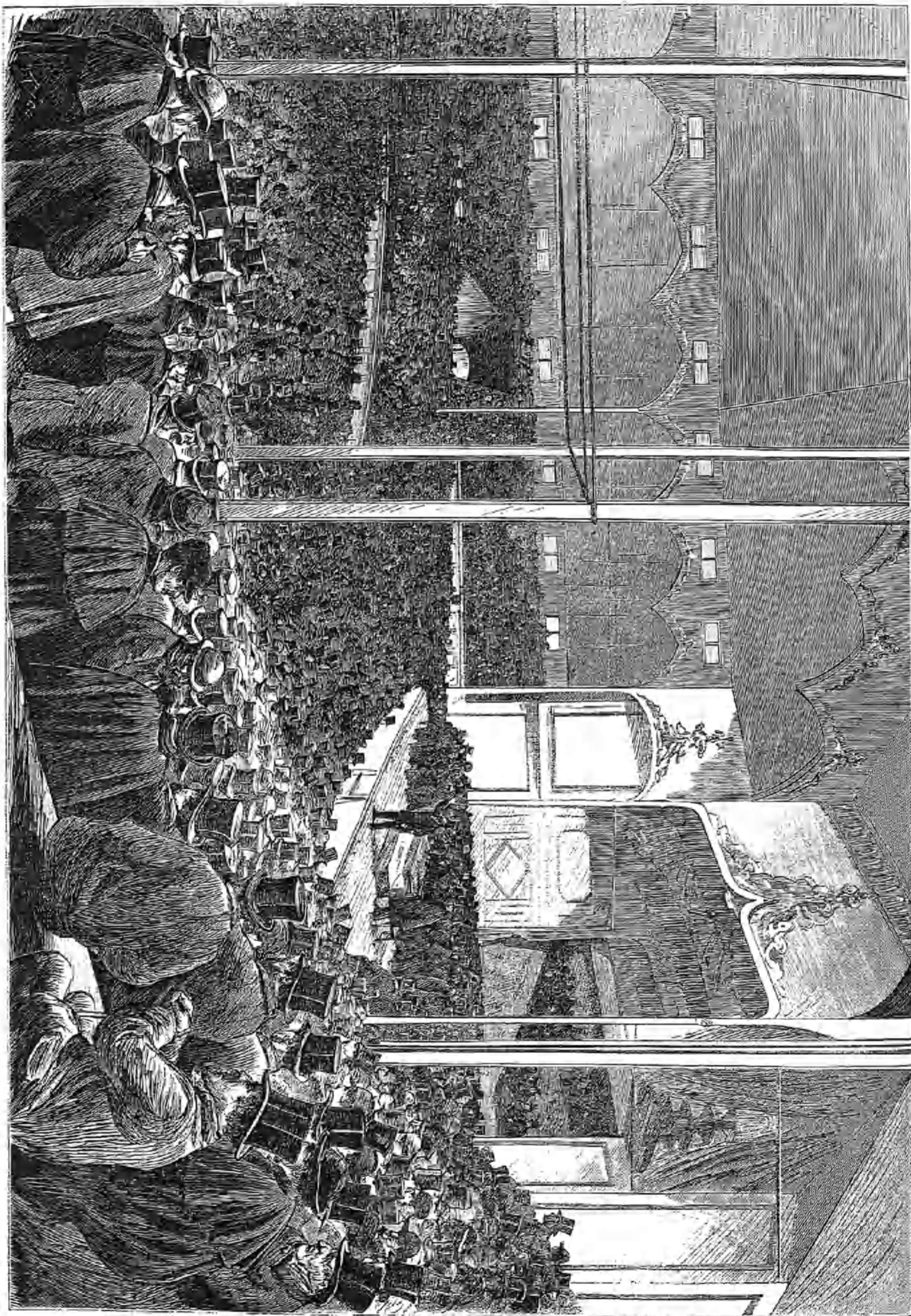
Una biografía, aunque no requiera la riqueza de detalles, ni la exactitud en los accidentes, ni las pinceladas severas y fuertemente entonadas que demanda un retrato de cuerpo entero (que privilegio es este de ordinario reservado á los hombres que han descendido á la tumba), necesita, sin embargo, contener aquellos rasgos suficientes á definir la fisonomía de la persona que se quiere dar á conocer.

Tiene por precisión que ser un trabajo imperfecto, porque se toma la figura, no como ella puede ser en sí misma, sino como á nosotros nos parece, y porque, lejos de rendirse á nuestro albedrío, como se rinde un cadáver ó toda persona que va á buscar su imagen en un gabinete fotográfico, es preciso sorprenderla al correr en la interacción de esos tres puntos impalpables, que se transforman sin cesar, que se devoran sin hartarse y que se apagan y reaparecen como esos dibujos fantásticos que vemos asombrados en el kalidoscopio: el pasado, el presente y el porvenir.

No intentaré yo por lo mismo ensanchar las proporciones del lienzo que he de encerrar mi trabajo, ni procuraré dar otras pinceladas que las que aconseje la sobriedad más escrupulosa y que puramente sean indispensables para ilustrar el grabado que á este número acompaña.

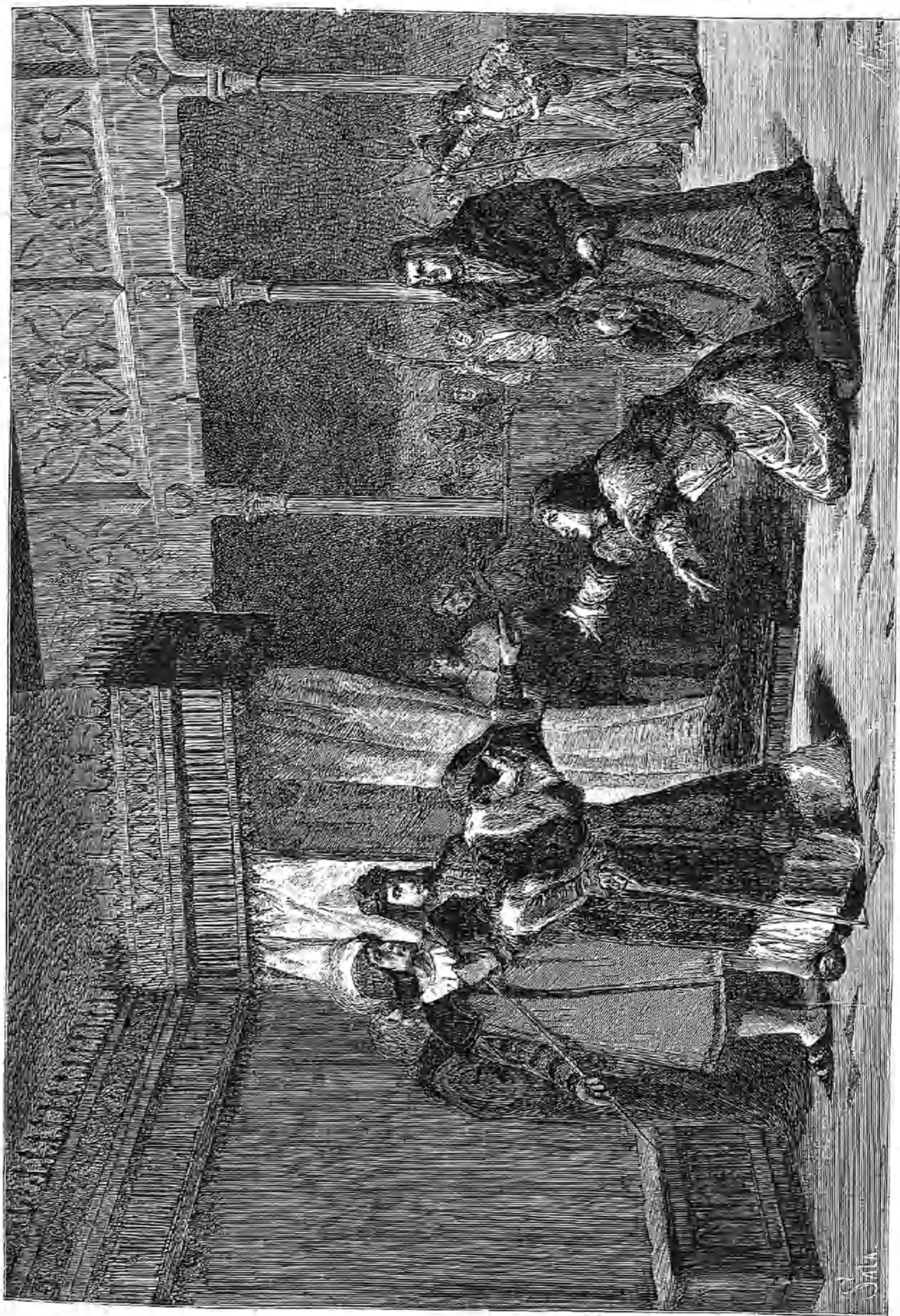
El Sr. D. José Luis Albareda, hoy vice-presidente del Congreso de los diputados, persona que en algunos años ha sabido conquistarse un puesto distinguido en la política y en las letras, merced á su perseverancia, á su laboriosidad y á las dotes singulares de su talento y de su carácter, dudo mucho que aun naciendo, como nació, en la turbulenta Cádiz, naciera bajo los auspicios de los espíritus que presiden á este enjambre de periodistas, literatos y políticos que hormiguan en Madrid y que condenados están, no sé si diga que atormentarse á sí mismos ó á espolvorear esta raída y grietada sociedad que nos regalaron tres siglos de intolerancia y de absolutismo.

No; el Sr. Albareda, ni por su nacimiento, ni por sus aficiones de jóven, ni por circunstancias de un orden puramente doméstico, altamente lisonjeras y risueñas, pudo soñar en sus primeros años que andando el tiempo tendría que someter las fuerzas todas de su inteligencia al duro yugo de improbos trabajos. Pero esa diosa inconstante que llaman la fortuna ha querido empujarlo al campo de la política y de las letras; y por cierto que debemos felicitarnos los que creemos que este campo es un campo fecundo (moralmente hablando), cuando en él se trabaja con fé y con perseverancia, y cuantos pensamos que además necesita de los trabajos de hombres que, como el Sr. Albareda, tienen buena voluntad y preciosa inteligencia. Importa poco, por lo tanto, sondear minuciosamente las causas verdaderas que pudieron inducirlo á alistarse en las filas de un ejército siempre dispuesto á las luchas de la inteligencia, y contentámonos con recitar la sentencia que los fatalistas traen á cuento siempre que tratan de explicar



REUNION DEL PARTIDO PROGRESISTA-DEMOCRATICO, CELEBRADA EN MADRID EL DIA 26 DE NOVIEMBRE.





EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

LA PRISION DEL PRINCEPE DE VIANA.—CUADRO DE DON RAFAEL SALA Y FRANCÉS, DIBUJO DEL MIEMO.

los hechos más culminantes de la vida: *el destino lo ha querido*. Bien mirado, el estado definitivo que el hombre toma en sociedad, cuando no es su gran secreto, es la consecuencia de una combinación de sucesos que nadie prevé y que todos admitimos más o menos resignadamente. Lo que importa en semejantes casos es aceptar los hechos con valor, y lo que en circunstancias tales conviene es cumplir con lealtad los altos destinos á que somos llamados como criaturas racionales.

Hechas tan breves indicaciones, por vía de proemio, entremos ya en la esfera natural de este trabajo biográfico.

El Sr. Albarada, cuyos primeros años se pasaron en las aulas del colegio de San Felipe de Nery, donde cursó humanidades, y en las de la universidad de Sevilla, donde hizo los estudios de abogado, no vino á Madrid hasta 1851.

Madrid es la Jerusalem en que las almas ardientes tienen puesto su espíritu, y la vorágine ruidosa que todos los jóvenes quieren audaces desafiar. Los estudiantes tienen sobre todo la Universidad de provincias como una escala de su indeterminado viaje, y es objeto constante de sus anhelos este Madrid, asiento de los poderes públicos, morada predilecta de oradores, de poetas y de publicistas, peldaña de tantas fortunas y crisol en que se funden tantas celebridades. Sus galas doradas y sus atractivos tentadores á todos nos han seducido, si bien desgarradoras realidades enseñan bien pronto que es difícil conquistarse un puesto y hacerse una reputación aquí donde tantos y con armas tan brillantes luchan por abrirse paso.

Para el Sr. Albarada, si se decidía, como al fin se decidió, á emprender por estos caminos, la empresa, aunque árdua, no podía ser muy temeraria. Vino además á la vida de las letras y á los trabajos del espíritu con las ventajas que proporciona el conocimiento profundo de la sociedad y de los hombres, y cuando ya el corazón, batido por la tempestad de las pasiones primeras, tomaba esa frialdad relativa tan conveniente para las luchas de la inteligencia.

Algunos artículos de costumbres y de un órden puramente crítico, publicados por los años 57 y 58 en el periódico *Las Novedades*, fueron con los que el señor Albarada hizo su debut en la prensa; en esa prensa que bien luego había de ilustrar con publicaciones que han muerto las unas después de haber hecho un brillantísimo papel en la historia de nuestras discordias políticas, y que otras viven con el aplauso y por el impulso de cuantas personas aman las letras y las ciencias.

Después de la reforma del 57 y de las tendencias funestas que de nuevo volvían á reproducirse en cierto lado del partido conservador, hombres de este mismo partido querían apartarlo de estas corrientes y llevarlo por otras en que se hermanara la tradición con el progreso, y en que se reconociera la fuerza incontrastable que así en el exterior como el interior tenían hechos que era una temeridad seguir desconociendo. El núcleo de hombres importantes que estas ideas tenía, y que deseaba hacerlas prevalecer, pensó con este motivo fundar un periódico que mantuviera la nueva doctrina, encomendando al Sr. Albarada la titánica empresa de definirla y desarrollarla. Asociado éste á jóvenes experimentados en las lides de la prensa, alguno de los cuales ya tenía una reputación envidiable como literato y como crítico, fundó *El Contemporáneo*, cuyos primeros números salieron á la circulación en diciembre de 1860, y cuya brillante campaña recuerdan aún con asombro cuantos siguen con ansiedad los accidentes varios de nuestras luchas políticas.

Este periódico tenía que reñir, y reñó en efecto, rudas batallas contra el poder que á la sazón mandaba; pero en rigor los embates más vigorosos hubo de sufrírselos de los hombres del moderantismo puro, quienes desde el primer momento le denunciaron como cismático y herejía, por sus atrevidas tesis sobre la cuestión religiosa, sobre la libertad de imprenta, sobre la legalidad del partido democrático, sobre el reconocimiento del reino de Italia, y sobre otra porción de cuestiones políticas, económicas y administrativas, que de plano rechazaban las vestales petrificadas del partido moderado histórico.

Así, pues, la historia de *El Contemporáneo*, en que el Sr. Albarada demostró constantemente las dotes de su carácter y de su gran sentido político, y donde bien pronto se hizo una posición envidiable, es la historia de las luchas sordas, implacables, que en aquel período más que en ningún otro atormentaron la existencia del antiguo partido conservador, y que más tarde habían de reproducirse al subir al poder el duque de Valencia. Aún vivía *El Contemporáneo*, y el Sr. Albarada, dando en aquella ocasión muestras de una honrada entereza,

trazó en su periódico el camino que debía seguir el general Narvaiz, si realmente quería practicar la libertad y si con sinceridad deseaba el concurso de los hombres y de las ideas que *El Contemporáneo* simbolizaba; y el duque de Valencia hizo un ministerio, inició una política y desplegó una conducta, respecto á la prensa, que hubo de merecer hasta los plácemes de *La Democracia*, periódico que á la sazón dirigía el Sr. Castelar.

Queremos suponer que al retroceder, bien pronto, el duque de Valencia en su camino, ya por las instigaciones de los moderados históricos, ya por otros motivos que no hay para qué sondear aquí; queremos suponer que al obrar así y al verse privado á los dos meses de los servicios de los Sras. Lorente y Córdova, lo hizo por móviles honrados y dignos de todo respeto; pero hombres importantes que habían entrado en esta administración decididos á conservar incólume la pureza de sus doctrinas, repugnaron seguir por una senda que al par que desgarraba su conciencia tenían como senda funesta y tristísima. Entre estos hombres quedóse el señor Albarada, dimitiendo antes el cargo de ministro plenipotenciario en el Haya, que brevemente había desempeñado, después de explicar con nobleza en el Parlamento los motivos que tenía para separarse de política tan temeraria.

El apoyo que por otra parte había dado con su palabra y con su pluma á las administraciones del marqués de Miraflores y de D. Alejandro Mon, juntamente con el recuerdo de sus compromisos y con el género de ideas que había sostenido en *El Contemporáneo*, tenían que alejarlo de un campo en que sólo cabían constitucionales arrepentidos y absolutistas vergonzantes. Así es que en las Cortes de 1865 militó en el centro parlamentario formado por el Sr. Alonso Martínez, raíz de la nueva administración que había de formarse bajo la dirección del inolvidable general O'Donnell en el verano de aquel mismo año.

El Sr. Albarada ha seguido desde entonces la suerte de un partido que en el conjunto de su historia ha practicado con pureza el sistema parlamentario, y que sobre todo en sus últimos tiempos, fundidas ya agrupaciones disidentes, ha logrado como ningún gobierno armonizar el órden con la libertad, poniéndose en las corrientes de progreso y de civilización que dominan en Europa.

Sometido á la prueba de las persecuciones que con harta temeridad se empezaron á desatar contra los unionistas en el verano de 1866, cuando por la temerosa fuerza que empezaba á manifestar la revolución era más cuerdo halagarlos que escarnecerlos, el Sr. Albarada fué confinado á Terner por haber representado con *Los cinco verbales* contra los ataques que á sabiendas se inferían al pacto constitucional. De regreso de París, en donde la mayor parte de los diputados proscritos pasaron el invierno de 1867, procuró echar las bases de una publicación que supliera por un lado el vacío de nuestro movimiento científico, y que por otro permitiera, dentro de las condiciones de aquel régimen absurdo, esplanar ideas que era imposible aventurar en las publicaciones políticas diarias.

De este modo y para estos fines se fundó *La Revista de España*, empresa difícil, arriesgada y temeraria en un país como el nuestro, después de tantos ensayos desgraciados que con el mismo objeto se han emprendido, pero que el Sr. Albarada ha llevado á cabo con una perseverancia, con una diligencia y con una fortuna que aun viendo y tocando los resultados parecen imposibles y quiméricos. Esta es para mí la página más gloriosa de la vida del Sr. Albarada, pues siempre constará, á despecho de todas las pasiones y no obstante todas las injusticias, que ha creado un libro donde nuestros hombres más eminentes en letras, ciencias y artes, han difundido y pueden seguir difundiendo las luces de su talento y de su saber, antes apagadas ó inadvertidas.

Durante este período se elabora la tempestad revolucionaria que había de llevar á tierra extranjera á la nieta de cien reyes, víctima expiatoria ella y su dinastía de la ceguera y de los desaciertos de los hombres que la aconsejaron en el bienio pavoroso del 66 al 68. La unión liberal había tomado una muy importante parte en el alzamiento que Topete iniciara en Cádiz, y el señor Albarada, por convicción y por disciplina, debía seguir á sus amigos. La Junta central revolucionaria le nombra individuo del Ayuntamiento popular de Madrid, y más tarde la circunscripción de Alcega lo lleva á las tareas de la Constituyente.

La personalidad del Sr. Albarada, durante los tempestuosos primeros días de la revolución, no podía pasar desapercibida en el municipio. Alcalde del distrito de Palacio consagró su inteligencia, su actividad y su patriotismo á la conjuración de tantos conflictos como se

dibujaban á cada paso en la masa hirviente de braceros á quienes á un tiempo mismo hubo precisión de dar una aspuerta y un fujil. Como comisario del Parque, en las dos épocas que como concejal ha desempeñado este cargo, lo mismo en la que recibió la investidura comunal de la Junta central revolucionaria, que al ser honrado en las últimas elecciones municipales con el voto del sufragio universal, el Sr. Albarada ha dejado fecundas huellas de su paso por esta comisaria; debiéndose á su iniciativa, á su dirección y á sus incansables esfuerzos el magnífico lago de patinar, con una porción de mejoras que hubiera desarrollado y concluido, si por un lado los deberes de legislador y por otro entorpecimientos que no son de este lugar, le hubieran permitido llevar á feliz término el vasto plan que tenía para hacer, como es posible, del Parque de Madrid el más bello y más ameno paseo de Europa.

Como diputado en las Constituyentes ha estado siempre en las líneas más avanzadas del partido conservador, y así como una crepelon entre sus amigos rechazó constantemente la candidatura del duque de Montpensier, siendo quizá el primero que en *La Revista de España* levantó pendones por la casa de Saboya. Puesta sobre el tapete la candidatura del príncipe que hoy ocupa el solio, la aceptó sin vacilar, siendo uno de los *ciento noventa y uno* que tomaron parte en la memorable votación del 16 de noviembre, y formando luego parte de la comisión parlamentaria que pasó á Italia á ofrecer la corona al elegido de la nación.

Diputado también electo para las actuales Cortes, ha merecido la distinción de ser presidente de la comisión de actas y después la muy honrosa de ser electo vicepresidente de la Cámara popular.

Su importancia política y parlamentaria ha crecido grandemente en estos últimos tiempos, y hoy goza de la indisputable autoridad que dan los servicios y los merecimientos.

El Sr. Albarada, todavía joven, en la situación política que ha creado la revolución de Setiembre tiene un seguro y lisonjero porvenir. Á sus trabajos en la prensa, que le han conquistado una reputación honrosa como publicista, hay que añadir sus dotes como orador fácil y vehemente que le ha acreditado en ocasiones varias y hasta en momentos críticos. Tiene, sobre todo, un sentido político que le permite ver pronto y ver bien las dificultades, y además posee un exquisito tacto que ha desarrollado á la vista de todo el mundo, presidiendo la comisión de actas.

En suerte de hoy está ligada á la suerte de las nuevas instituciones, y como tantas ilustres personas de un bando y otro bando que con fé han entrado por el camino de la revolución, dedicará todas sus fuerzas á afirmarla en los espíritus y á inocularla en las leyes.

José Ferreras.

## EL ESTAÑERO ABURRIDO.

FÁBULA.

En los portales de Bríngas,  
Fuso tienda un estañero,  
Buen oficial, y tornero  
Habilísimo en jeringas.

Tuvo tan mala fortuna  
El pobre, que en todo un mes,  
Y en otro y otro después,  
No vendió pieza ninguna.

Y exclamaba, con distribas  
Que no son para decir:  
«¿Cómo se puede vivir  
En Madrid sin lavativas!

Pronto se me acabarán  
Los cuartos. ¿Qué he de hacer yo?  
Voy á perecer.» Llegó  
La víspera de San Juan,

Y vióse la Plaza llena  
De puestos, y de la gente  
Que rógolejadamente  
Concurrir á la gran verbená.

Con tanta ocasión de sobra,  
Mi estañero, arma en la mano,  
Iba, y á cada cristiano  
Decía, mostrando su obra:

«Ya lo ve usted: ni la plaza  
Con más respiradores brilla.  
Esta máquina sencilla,  
Moquito, es buena y barata.»

Y contestaba al moquito,  
Viendo la máquina bella:

«Diviértase usted con ella,  
Que yo no la necesito.»

El feringuero (en resumen)  
Loco murió entre furtores  
Contra esos consumidores  
Aváros que no consumen.

Y dijo: «Si á trabajar  
Destina Dios al obrero,  
Todo el que tenga dinero,  
Viva obligado á comprar.»

Hoy, á la lux superior  
De un saber nuevo y profundo,  
Ley quiere imponer al mundo  
El gremio trabajador.

Que huelgue, libre de ajuste,  
Quien del trabajo se enfada,  
Y en la obra que hacer le agrada,  
Perciba el jornal que guste.

Y sí, corrido el albur,  
No se está según convenga,  
Se agarra lo que otro tenga,  
Y se reparte, y abur.

No exigen menor castigo  
Las agravadas geringas  
De los portales de Bríngas,  
Calle hoy de Ciudad-Rodrigo.

JUAN EUBENIO HARTZENBUSCH.

## LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

### V.

Al repasar el catálogo en que se enumeran las obras presentadas al concurso; al considerar el número de pintores una ó mas veces condecorados que tenemos en España, y lo asombrosamente fecundas que han sido las exposiciones de bellas artes en la distribución de honores y distinciones, preciso es que fijemos mucho la atención en los resultados innegables que ese lujo de estímulo ha producido entre nosotros, como medio de despertar la afición, para no lamentar profundamente el caso fructo que han dado de sí tantos y tan pomposos laureles. Así, cuando se busca en las obras realizadas la explicación de una largueza tan sin medida en la concesión de títulos deslumbradores, es difícil ver en ella otra cosa que un propósito laudable de fomentar el culto de las artes, propósito llevado tal vez más allá de lo conveniente.

Por fortuna la juventud que viene á continuar la obra de esos cruzados de la reconquista que hoy caminan al frente del movimiento artístico á la manera que los reyes de armas, cubiertos de escudos y blasones, caminaban al frente de las cabalgatas en que marchaban al palenque los sostenedores del torneo; la juventud de hoy, despierta, aunque apenas ha hecho sus primeras armas, parece inspirarse en ese amor ardiente de lo bello que no se contenta con fáciles ropajes, y al que no satisface el laurel si no sale de la lucha con la conciencia de la propia fuerza.

No se entienda por esto que damos á una esperanza naciente el valor de una realidad que necesita la sanción del tiempo; pero á juzgar por los resultados presentes, nos parece que la Exposición de 1871, como hemos indicado otras veces, anuncia un nuevo período de la pintura en España: los que han dado el ejemplo han llevado ya su misión levantando el sentimiento artístico, cuyo nivel había deprimido una larga decadencia, y, como había de suceder naturalmente, no descolgando entre ellos uno de esos géneos que encarnan una revolución, se han quedado muy atrás en el camino de la que han provocado con su ejemplo. El concurso actual lo demuestra evidentemente: apenas anuncia el catálogo un título pomposo, un artista profusamente condecorado que sostenga satisfactoriamente el lustre y esplendor de los timbres oficiales. Los unos, dotados de indisputable talento, se han dejado arrastrar por la pendiente del mal gusto á la edad en que el artista produce sus mejores obras; los otros no han podido pasar los límites de una humilde medianía; los más han hecho un esfuerzo en el sentido del progreso para ir después á ocupar un puesto en la retaguardia de la decadencia. En cambio vemos aparecer ahora jóvenes ayer desconocidos que empiezan su carrera buscando desde el principio una base sólida en que cimentar su trabajo; artistas noveles que, de su propio impulso, se apartan desde los primeros pasos del camino que han seguido sus predecesores, y en los que se reconoce el sensato deseo de afirmar un pie en la tradición para asentar el otro en el sendero del progreso. La aparición en el concurso

de 1871 de este elemento nuevo, que, como ya hemos dicho, ha tenido su precursor en la personalidad artística del Sr. Rosales, ha puesto frente á frente estos dos términos de comparación que podríamos calificar de muy curiosos, si no tuvieran la importancia de definir dos estados diversos del progreso artístico que vamos realizando, y de marcar tal vez un punto de partida hacia el período viril y fecundo de la pintura española. Podríamos equivocarnos, no en la significación, acaso si en la visibilidad de esa manifiesta tendencia; pero lo que no admite duda es que del juicio comparativo á que se presta la Exposición entre lo que ayer era el arte en manos de sus primeros impulsores, y lo que hoy promete ser, resulta un hecho para nosotros indudable, y es que, salvo muy raras excepciones, los pintores de renombre, los artistas condecorados, los maestros que parecían llamados á formar escuela, no están ya á la altura del movimiento.

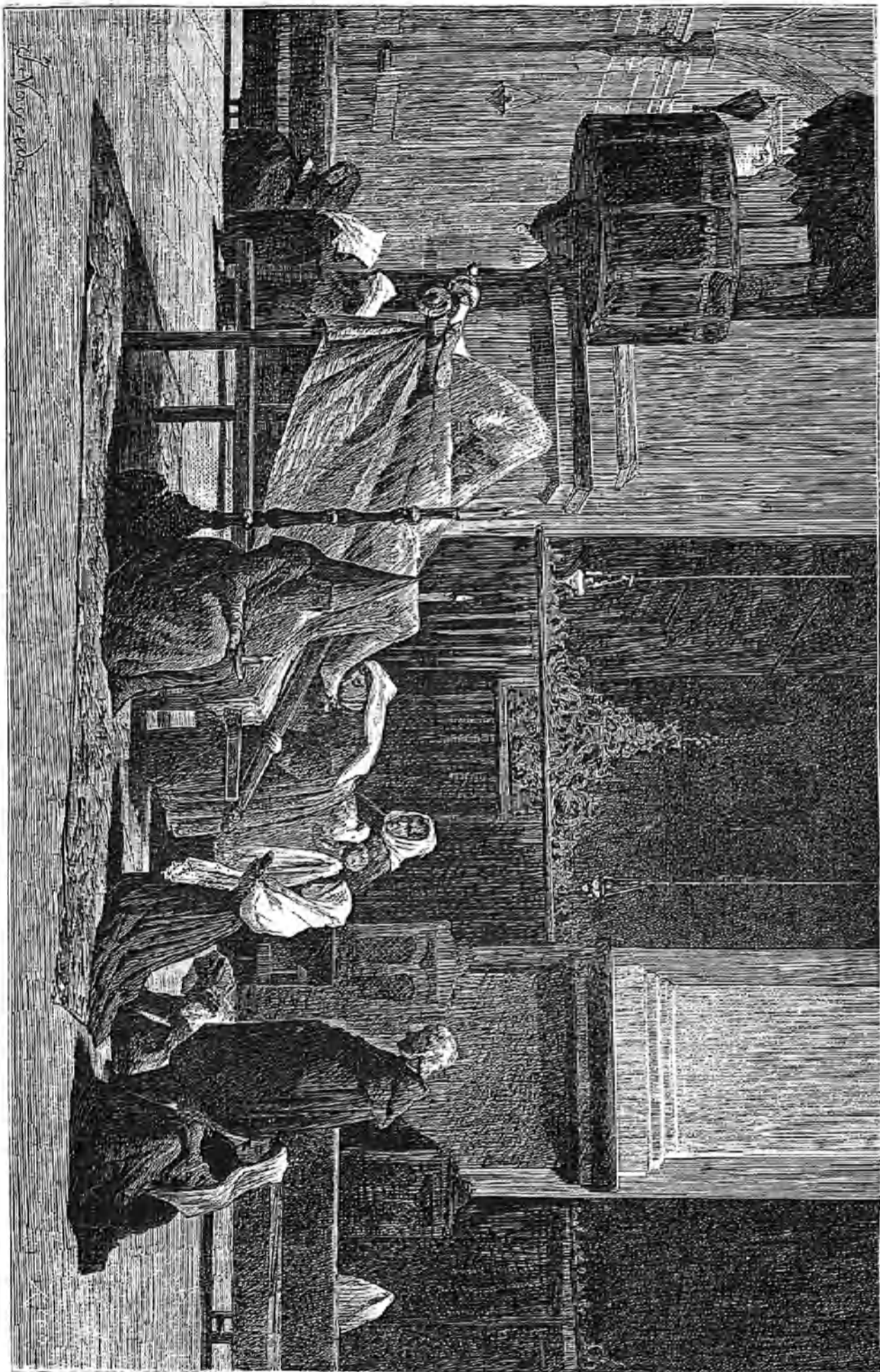
Estas reflexiones, que se ocurren á cada paso al visitar la Exposición, se nos vienen ahora á las mientes á propósito de un cuadro que lleva el nombre de uno de nuestros maestros más afamados. Aludimos á la *Concepción*, de D. Carlos Luis Rivera, pintura muy poco feliz, cuya calidad dominante consiste en una falta absoluta de cualidades, y en la que la ausencia del génio y la inspiración no se ha suplido siquiera con las bellezas del estilo y los primores de la composición. No dudamos que el Sr. Rivera, ejerciendo el magisterio del arte, como director de la escuela de Pintura, escultura y grabado, estará á la altura de la misión que impone un cargo tan importante en momentos en que se lucha contra una decadencia; suponemos, por el contrario, que sus consejos serán utilísimos á la juventud, y que hará lo posible por desmentir la creencia bastante extendida de que el arte sólo puede inocularse y alcanzar vida robusta en el taller. En una palabra: no queremos negar al Sr. Rivera un amor firme y acrisolado á lo bueno y á lo bello, una conciencia suficiente del estado actual del arte y de los medios de engrandecerle, y una gran autoridad cimentada en el talento y en la experiencia. Pero si en el terreno de la iniciativa y del buen consejo el Sr. Rivera puede contribuir eficazmente á los adelantos de la pintura, en la práctica está muy lejos de mostrar el camino del progreso, si hemos de juzgar por el trabajo á que nos referimos. Más diremos: por lo mismo que su posición artística le pone en el caso de sostener la autoridad del maestro, por lo mismo que se halla al frente de una escuela, nos duele que el Sr. Rivera haya llevado á la Exposición la medida de su potencia artística, dando notoriedad solemne á una obra que parece cifra y modelo de la insulsa corrección, de la armonía sin génio, de la falta de estilo, de invención y de originalidad que han sido desde Goya á nuestros días los signos dominantes de la decadencia de la pintura. Pero hemos dicho mal: no es la invención ni la originalidad lo que menos abunda en el cuadro del Sr. Rivera, como lo demuestran aquellos monstruos de formas peregrinas que el pintor ha colocado á los pies de la Reina de los cielos. En esto no se puede negar que el autor del cuadro ha salido del camino trillado; pero también es verdad que esta riqueza de invención se parece á aquella *calamitosa fecundidad* que lamentaba Cicerón en la madre de Catilina, y que produce monstruos como éste y los del Sr. Rivera. La Concepción de esta autor, en la Exposición de 1871, y después del paso que el Sr. Rosales ha hecho dar á la pintura y que han secundado tan admirablemente algunos jóvenes artistas sin nombre y sin historia, es, como otros cuadros de afamados pintores, un ejemplo de los defectos, ó por mejor decir, de la ausencia de cualidades contra los cuales está llamada á combatir la cruzada del renacimiento, porque son todavía los caracteres distintivos de nuestro declinamiento artístico, y la muestra de los límites estrechos y mezquinos á que ha estado reducido el arte desde Goya á nuestros días.

Entre los cuadros pertenecientes á diversos géneros de la pintura con que se han dado á conocer y se han conquistado una envidiable reputación jóvenes que habían dado ya muestras de su talento y aplicación, pero cuyos nombres eran apenas conocidas, merecen singular elogio los autores de las marinas que llevan la firma de D. Rafael Monleón y D. Emilio Ocon. La más notable del primero es, á nuestro juicio, la que titula *Borrasca en el mar del Norte*, número 321, en la que se admira un estilo grandioso y un notable sentimiento de la verdad. Los tonos de las aguas son de una precisión admirable y dan la idea exacta del natural; ¡Lástima que el Sr. Monleón, por luchar frente á frente con la dificultad de reproducir con exactitud un accidente de la naturaleza en toda su imponente desnudez, se haya mostrado tan avaro en la composición! Esta se redu-

ce á una ola gigantesca que viene á romper en los primeros términos del cuadro, y tras de la cual no se descubre ya más que una línea de agua en la que se ve zozobrar en lontananza un buque; unas jarcias que salen á flote en las aguas del primer plano completan la composición, que, repetimos, nos parece muy pobre para el efecto pintoresco de un cuadro de tan grandiosas proporciones. Hay, pues, en la marina del Sr. Monleón un alarde de puro naturalismo que imprime monotonia á la belleza general de la obra, en la cual se descubre demasiado el talento del imitador en menoscabo de la potencia creadora del artista, del pensador y del poeta de la naturaleza. Sin embargo, tal como es, la marina del Sr. Monleón y los demás cuadros de este joven pintor que figuran en la Exposición revelan una resuelta emancipación de lo vulgar y lo convencional, y una tendencia á lo grandioso y á lo sublime que realiza un progreso en este género de pintura poco cultivado en España.

Más rica de composición y de efecto pintoresco es la marina de D. Emilio Ocon, número 306, que representa el puerto de Málaga en un día de calma. Hay en este cuadro, como en el del Sr. Monleón, un gran carácter de verdad; pero esta vez el artista ha reproducido la naturaleza, embelleciéndola con accidentes propios, y dándole variedad por medio de los efectos de luz y de la magia de la paleta. En esta obra, y en las demás que llevan su firma, el Sr. Ocon se ha dado á conocer como notable colorista, uniendo á esta cualidad, tan importante en un retratista de la naturaleza, un estilo vigoroso y una gran valentía en el toque. No en vano, pues, las marinas de este joven artista y las de su compañero y discípulo el Sr. Monleón, han sido recibidas con aplauso unánime por la crítica y por el público, y calificadas por el Jurado entre las obras dignas de premio.

No ha estado el país tan ampliamente representado en la Exposición, apesar de haber concurrido al certamen pintores tan aventajados en este género como el Sr. Muñoz Degraín. Este distinguido artista se aparta visiblemente del camino que siguió en sus primeras obras y en el que supo echar los cimientos de una envidiable y merecida reputación. El pintor de la naturaleza, el vigoroso intérprete de la verdad, que en el concurso de 1864 exponía el programa de sus brillantes dotes en un celebrado país tomado de los alrededores del Pardo, se aparta á pasos agigantados de su primer modelo, para internarse en un sendero falso. Á excepción de *El castillo feudal*, cuadro que conserva aún el sello de su manera primitiva, los demás países que el señor Muñoz tiene en la Exposición adolecen de un colorido falso, de un tono vicioso, de un amaneramiento deplorable. Estos defectos, que en mayor ó menor grado se observan en sus últimas obras, aparecen muy visiblemente en el país titulado *El campamento*, uno de los más importantes que ha presentado al concurso. En este cuadro dominan los tonos azules y morados hasta un punto tal y con intensidad tan exagerada, que acortan y confunden las perspectivas é imprimen un sello de falsedad á toda la composición, apesar de la notable belleza con que está ejecutado el horizonte. Á través del vicioso prisma que tiene ante los ojos, el pintor se ha formado un tipo convencional de la naturaleza, tipo que reproduce en todas sus obras, y que más bien que á un incorregible defecto de la visión debemos atribuir á un alejamiento voluntario de la verdad; porque no podemos imaginar que el Sr. Muñoz no se convenza de su error, tan luego como se acerque otra vez al modelo en que se han inspirado sus primeros trabajos. Si vale, pues, para el Sr. Muñoz nuestro desapasionado consejo, fundado no solamente en el resultado de la propia observación, sino también en la impresión unánime que producen sus últimas obras, procure rectificar con el estudio de la naturaleza el fatal extravío á que vamos entregadas sus facultades nada comunes, si quiere luchar á tiempo con los síntomas de una temprana y sensible decadencia. El Jurado de la Exposición ha juzgado, sin embargo, digno de premio un cuadro de este pintor (número 336) que se aparta completamente del género en que el Sr. Muñoz ha sabido traspasar los límites de una humilde medianía. No negaremos á *La oración*, que este es el nombre del cuadro á que aludimos, cualidades dignas de estímulo; pero este premio, obtenido en esfera secundaria por el mérito de la pintura religiosa, que envuelve una lección elocuente para el paisista? Sometemos esta observación al buen juicio del Sr. Muñoz. Nadie ha tributado más aplausos que nosotros á las brillantes primicias de este artista; nadie tiene una idea más alta de su talento; nadie nos ha de aventajar tampoco en franqueza y sinceridad cuando se trata de dirigirle útiles advertencias y de prevenir el extravío de sus facultades.



LA TARDE DEL VIRREYES SANTO EN GILOT.—CUADRO DE DON JOAQUIN VAYRADA, DIBUJO DEL MISMO.

Pocas obras podemos citar después de las del Sr. Muñoz que no den la idea de una completa esterilidad en este género de pintura. Si exceptuamos los países del Sr. Giménez Fernández, aventajado discípulo de don Carlos Haes, y los de D. Rafael Montesinos, artista de pocos años, que sigue las huellas del Sr. Muñoz, apenas encontraremos alguno que otro cuadro, y ese poco digno de examen, entre las obras de los pintores nacionales. Los países del primero no descubren gran genio, ni entre ellos sobresale ninguno que pueda llamarse una obra capital; pero reina en todos una acordación agradable, un estilo sobrio y un carácter de verdad que revela una atenta observación de la naturaleza. No son

por las obras en que nos ha dado á conocer sus dotes nada comunes. El país que designa el catálogo con el título de *Una mañana en Riva* y en el que el artista ha vencido también grandes dificultades de ejecución, es otra contradicción de aquel aforismo, universalmente aceptado, según el cual el arte es la naturaleza, más el hombre. Esta vez el Sr. Andrade ha reproducido con toda exactitud un trozo cualquiera de la alfombra primavera, una extensión de verdura sin sombra ni contraste, en que los ojos del observador, á imitación de aquellas ninfas inmortales que habitaban los paraísos de la tierra, se ven condenados á una perpétua é incon-

REUNION DEL PARTIDO PROGRESISTA-DEMOCRÁTICO  
CELEBRADA EN MADRID EL DIA 26 DE NOVIEMBRE DE 1871.

La solemnidad é importancia política del *meeting* celebrado por el partido progresista-democrático en el Circo de Price, son de tanta consideración que nuestro periódico no podía pasar por alto este acontecimiento de verdadera trascendencia para los intereses generales de la política española. Un partido que dirigía hace pocos meses, desde el poder, los destinos de la nación, y que hoy se reúne poseído del mayor entusiasmo para organizarse, para pasar revista á las fuerzas de que dis-



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

LA PUENTE DE LOS AMORES.—CUADRO DE DON JUAN CRISTINO, DIBUJO DEL MISMO.

inferiores á estos los del Sr. Montesinos, aunque adolecen un tanto del tono vicioso que hemos censurado en las obras de su maestro, defecto que debe corregir con tiempo si no quiere caer en el mismo amaneramiento.

Pero lo más notable, en el concepto de la ejecución, que en este género se ha presentado al concurso, son los países que llevan la firma del pintor portugués D. Alfredo Andrade, y particularmente el que designa el catálogo con el título de *Paul de Castel Fusano, cercanías de Roma*. Ciertamente que si el objeto de la pintura se redujera á copiar la naturaleza con la posible exactitud, el cuadro del Sr. Andrade podría pasar por un modelo en su género, porque difícilmente se pueda llevar más allá el naturalismo puro, desligado de todo sentimiento y de toda idea de belleza. El Sr. Andrade ha hecho un retrato fiel de la naturaleza: no ha buscado en ella la melancólica poesía de Raysidél, ni el idealismo de Claudio de Lorena, ni la majestad de Juan Both, nada de esto; se ha contentado con reproducir en toda su desnudez la realidad sin belleza, declinando en la naturaleza la responsabilidad de su aridez, y pidiéndola únicamente un modelo en que ejercitar el talento de imitación. Un cielo gris reflejado en las aguas cenagosas de una laguna: este es el cuadro del Sr. Andrade; no puede interpretarse más estrictamente el mezquino realismo que goza de tanto favor en nuestros días y que determina el carácter especial de la decadencia artística de nuestro siglo analizador y materialista: el panteísmo. El Sr. Andrade pertenece á esta escuela, á juzgar

solable felicidad. Dése la importancia que se quiera á este culto de la pura naturaleza, puede afirmarse que no podrá nunca constituir el objeto de la pintura, sino por efecto de una depresión transitoria del sentimiento y de un pasajero desden de las conveniencias del arte. No es el Sr. Andrade el artista de valer que ha hecho más ostentoso alarde de este momentáneo extravío de las nociones de lo bello y de lo bueno. Otros paisistas han llevado más allá la exageración del principio realista: nosotros hemos oído á pintores muy acreditados elogiar con entusiasmo un país en que el artista había reproducido con gran verdad un barbecho erizado de granzones, y una gran extensión de horizonte. Á esto se reducía la concepción del pintor. Los artistas que admiraban el cuadro, recién llegado de Roma, no sabían cómo ponderar aquella verdad admirable, aquella asombrosa sobriedad, aquella unidad imperturbable que resplandecía en la obra de romanos entregada á su contemplación. Agotados los adjetivos, uno de aquellos artistas puso término al encomio con estas solemnes palabras: «¡Ese es el camino!»

En efecto, repetimos nosotros; ese es el camino para llegar al punto en que comienza un renacimiento.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

pone, para designar los individuos que han de formar la base del comité central que debe dirigir la campaña electoral que se anuncia como próxima, para combatir, en fin, al actual ministerio, compuesto de hombres que también se llaman progresistas-demócratas, amigos de ayer, colegas y correligionarios de los que celebran ese animado *meeting*; seis ó siete mil concurrentes al mismo, presididos por el Sr. Ruiz Zorrilla, llenando todo el recinto del anchuroso Circo y oyendo los discursos de oradores como Rivero, Martos, Sanromá y Salmeron; aquel escenario ocupado por los senadores y los diputados radicales, por los miembros más importantes de la Tertulia progresista-democrática, y por los redactores de muchos periódicos de diversas opiniones; todo esto, que constituye un hecho de altísima importancia, reconocida por toda la prensa política, que ya la ha analizado extensa y detenidamente, merecía ser reproducido con fidelidad por el lápiz y el buril de nuestros artistas, y LA ILUSTRACION DE MADRID, que evita siempre hasta donde le es posible pisar la arena en que contienden los gladiadores políticos, ha creído conveniente seguir ahora la misma conducta que sirve de norma á su publicación; absteniéndose de tomar parte en la polémica suscitada por los partidos, se apresuró á tomar con el lápiz los apuntes necesarios para ofrecer á sus abonados el grabado que aparece en la página 360 del presente número.

## LA NOVELA EN EL TRAMVIA.

(Conclusión.)

Pero no tardé en dormirme profundamente; y entonces el coche cesó de andar, cesó de volar, y desapareció para mí la sensación de que iba en tal coche, no quedando otra cosa que el ruido monótono y profundo de las ruedas, que no nos abandona jamás en nuestras pesadillas dentro un tren ó en el camarote de un vapor. Me dormí, y ¡oh infortunada condesa! la vi tan clara como estoy viendo en este instante el papel en que escribo; la vi sentada junto á un velador, con la mano en la mejilla, triste y pensativa como una estatua de la melancolía. A sus pies estaba acurrucado un perrillo, que me pareció tan triste como su desventurada é interesante ama.

Entonces pude examinar á mis anchas á aquella mujer, á quien consideraba como la desventurada en persona. Era de alta estatura, rubia, con grandes y expresivos ojos, nariz fina, y casi, casi grande, de forma muy correcta y perfectamente engendrada por las dos curvas de sus hermosas y arqueadas cejas. Estaba peinada sin afectación ninguna, y en ésto, como en su traje, se comprendía que no tenía intención de salir aquella noche. ¡Tremenda, mil veces tremenda noche! Yo observaba con creciente ansiedad la hermosa figura que tanto deseaba conocer, y me pareció que podía leer sus ideas en aquella noble frente donde la costumbre de la reconcentración mental había trazado unas cuantas líneas imperceptibles, que el tiempo convertiría pronto en siniestras arrugas.

De repente se abre la puerta y aparece un hombre. La condesa dió un grito de sorpresa y se levantó muy agitada.

—¿Qué es esto? dijo. Rafael. Vd... ¿Qué atrevimiento? ¿Cómo ha entrado Vd. aquí?

—Señora, contestó el que había entrado, que era un joven de muy buena porte. ¿No me esperaba Vd? He recibido una carta suya...

—Una carta mía! exclamó más agitada la condesa. Yo no he escrito á Vd. carta ninguna. ¿Y para qué había de escribirla?

—Señora, vea Vd.; repuso el joven sacando la carta y mostrándosela: es su letra, su misma letra.

—¿Dios mío! ¿Qué infernal maquinación es esta? dijo la dama con desesperación. Yo no he escrito esa carta. ¡Ah! es un lazo que me tienden...

—Señora, cálmese Vd... yo siento mucho...

—Si; lo comprendo todo... Ese hombre infame. Ya sospecho cuál habrá sido su idea. Salga Vd. al instante... Pero ya es tarde: ya siento la voz de mi marido.

En efecto, una voz atronadora se sintió en la habitación inmediata, y al poco rato entró el conde, que fingió sorprenderse al ver al joven, y después riendo con cierta afectación, dijo:

—Oh! Rafael, Vd. por aquí... Cuánto tiempo... Venia usted á acompañar á Antonia... Con eso nos acompañará á tomar el té.

La condesa y su esposo cambiaron una mirada siniestra. El joven, en su perplejidad, apenas acertó á devolver al conde su saludo. Vi que entraron y salieron varios criados; vi que trajeron un servicio de té y desaparecieron después, dejando solos á los tres personajes. Allí iba á pasar algo terrible.

Sentáronse: la condesa estaba pálida como una muerta, el conde afectaba una hilaridad atardecida, semejante á la embriaguez, y el joven callaba, contestándole sólo con monosílabos. Sirvió el té, y el conde alargó á Rafael una de las tazas, no una cualquiera, sino una determinada. La condesa miró aquella taza con tal expresión de espanto, que pareció echar en ella todo su espíritu. Bebieron en silencio, acompañando la confortante pocion con muchas variedades de las más elegantes y sabrosas pastas *Hortley and Palmers*, y otras menudencias propias de aquella clase de cosa. Después el conde volvió á reír con la desahogada y ruidosa explosión que le era peculiar aquella noche, y dijo:

—Como nos aburríamos. Vd., Rafael, no dice una palabra. Antonia, toca algo. Hace tanto tiempo que no te oigo tocar. Misa, aquella pieza de Gortschack que se titula *Morte*; tú la tocas admirablemente. Vamos, ponte al piano.

La condesa quiso hablar; pero le era imposible articular palabra. Su marido la miró de tal modo, que la infeliz cedió ante la terrible expresión de sus ojos, como la palma fascinada por el boa *constrictor*. Se levantó dirigiéndose al piano, y ya allí, el conde debió decirle algo que la aterró más, acabando de ponerla bajo su infernal dominio. Sonó el piano, heridas á la vez multitud de cuerdas, y corriendo de las graves á las agudas,

las manos de la condesa despertaron en un segundo los centenares de sonidos que dormían mudos en el fondo de la caja. Al principio, la música era una confusa reunión de sonos que atardecía en vez de agradar; pero luego serenóse aquella tempestad, y un canto fúnebre y temeroso como el *Dies iræ* surgió de tal desorden. Yo creía escuchar el son triste de un coro de cartujos, acompañado con el bronco magín de los fagots. Después aquello se extinguía, para sentirse ayes lastimeros como nos figuramos han de ser los que exhalen las ánimas, condenadas en el purgatorio á pedir incesantemente un perdón que ha de llegar muy tarde.

Volvían luego los arpegios prolongados y ruidosos, y las notas se encabritaban unas sobre otras como disputándose cuál ha de llegar primero. Se hacían y deshacían los acordes, como se forma y desbarata la espuma de las olas. La armonía fluctuaba y hervía en un oleaje sin fin, alejándose hasta perderse, y volviendo más fuerte en grandes y atropellados remolinos.

Yo continuaba extasiado oyendo aquella música imponente y magestuosa: no podía ver el semblante de la condesa, que estaba de espaldas á mí; pero me la figuraba en tal estado de aturdimiento y pavor, que llegué á pensar que el piano se tocaba solo.

El joven estaba detrás de ella, y al conde á su derecha, apoyado en el piano. De vez en cuando ella levantaba la vista para mirarle; pero debía encontrar expresión muy horrenda en los ojos de su consorte, porque tornaba á bajar los suyos y seguía tocando. De repente el piano cesó de sonar y la condesa dió un grito.

En aquel instante sentí un fortísimo golpe en un hombro, me sacudí violentamente y desperté.

## V.

En la agitación de mi sueño había cambiado de postura y me había dejado caer sobre la venerable inglesa que á mi lado venía.

—¡Aah! Vd... *sleeping*... molestar... *mí*, dijo con avinagrado semblante, mientras rechazaba mi paquete de libros que había caído sobre sus rodillas.

—Señora... es verdad... me dormí, contesté turbado al ver que todos los viajeros se reían de aquella escena.

—¡Oooh!... yo soy... *going*... to decir al *coachman*... usted molestar... *mí*. Vd. caballero... *very shocking*, añadió la inglesa en su jerga ininteligible. ¡Oooh! Vd. crear... *my body es...* su cama *for Vd...* to sleep. ¡Oooh! *gentleman, you are a stupid ass*.

Al decir esto, la hija de la Gran Bretaña, que era de sí bastante amoratada, estaba lo mismo que un tomate. Parecía que la sangre agolpada á sus carrillos y á su nariz iba á brotar por sus candentes poros, y me mostraba cuatro dientes puntiagudos y muy blancos, como si me quisiera roer. La pedí mil perdones por mi sueño desordenado, recogí mi paquete y pasé revista á las nuevas caras que dentro del coche había. Figuráte, ¡oh cachazudo y benévolo lector! cuál sería mi sorpresa cuando vi frente á mí ¡á quién creíais! al joven de la escena soñada, al mismo D. Rafael en persona. Me restregué los ojos para convencerme que no dormía, y en efecto, despierto estaba, y tan despierto como ahora.

Era él, el mismo, y conversaba con otro que estaba junto á él. Fuese atención y escuché con toda mi alma.

—¿Pero tú no sospechaste nada? le decía el otro.

—Algo, sí; pero callé. Ella parecía difunta; tal era su terror. Su marido le mandó tocar el piano y ella no se atrevió á resistir. Tocó, como siempre, de una manera admirable, y oyéndola llegué á olvidarme de la peligrosa situación en que nos encontrábamos. Apesar de los esfuerzos que ella hacía para aparecer serena, llegó un momento en que le fué imposible fingir más. Sus brazos se aflojaron, y restalando de las teclas echó la cabeza atrás y dió un grito. Entonces su marido sacó un puñal, y dando un paso hácia ella exclamó con furia: «Toca ó te mato al instante...» Al ver aquello hirvió mi sangre toda; quise echarme sobre aquel miserable; pero sentí en mi cuerpo una sensación que no puedo pintar; parecía que repentinamente se había encendido una hoguera en mi estómago; fuego corría por mis venas; las sienes me latieron, y caí al suelo sin sentido.

—Y antes no conociste los síntomas del envenenamiento? le preguntó el otro.

—Notaba cierta desazon y sospeché vagamente, pero nada más. El veneno estaba bien preparado, porque hizo el efecto tarde y no conseguí matarme, aunque sí me ha dejado con una enfermedad para toda la vida.

—Y después que perdiste el sentido, ¿qué pasó?

Rafael iba á contestar y yo le escuchaba como si de sus palabras pendiera un secreto de vida ó muerte, cuando el coche se paró.

—¡Ah! ya estamos en los Consejos: bajemos, dijo Rafael.

¡Qué contrariedad! Se marchaban, y yo no sabía el fin de la historia.

—Caballero, caballero, una palabra, dije al verlos salir.

El joven se detuvo y me miró.

—¿Y la condesa? ¿Qué fué de la condesa? pregunté con mucho afán.

Una carcajada general fué la única respuesta. Los dos jóvenes, riéndose también, salieron sin contestarme palabra. El único sér vivo que conservó su serenidad de esfinge en tan cómica escena fué la inglesa, que llena de indignación al ver mis extravagancias, se volvió á los demás viajeros diciendo:

—¡Oooh! *A lunatic fellow*.

## VI.

El coche seguía, y yo más curioso cada vez por saber qué había sido de la desdichada condesa. ¿La mató su marido? Yo me hacía cargo de las intenciones de aquel malvado. Ansioso de gozarse en su venganza, como todas las almas crueles y despiadadas, quería que en mujer presenciase, sin dejar de tocar, la agonía de aquel inocente é incauto joven llevado allí por una vil celada de Mudarra.

Pero era imposible que la condesa continuara haciendo desesperados esfuerzos para mantener su serenidad, sabiendo que Rafael había bebido el veneno. ¡Trágica y espeluznante escena! decía yo, más convencido cada vez de la realidad de aquel suceso; ¡y luego dirán que estas cosas sólo se ven en las novelas!

El coche pasaba por delante de Palacio, cuando se detuvo y entró una mujer que traía un perrillo en sus brazos. Al instante reconocí al perro que había visto acostado á los pies de la condesa; era el mismo, la misma lana blanca y fina, la misma mancha negra sobre una de sus orejas. La suerte quiso que aquella mujer se sentara á mi lado; y yo, no pudiendo resistir la curiosidad, le pregunté:

—¿Es de Vd. ese perro? Es bonito.

—¿Pues de quién ha de ser? ¿Le gusta á Vd.?

Cogí una de las orejas del inteligente animal para hacerle una caricia; pero él, insensible á mis demostraciones de cariño, ladró, dió un salto y puso sus patas sobre las rodillas de la inglesa, que me volvió á enseñar sus dos dientes como queriéndome roer, y exclamó:

—¡Oooh! Vd... *unsupportable*.

—¿Y dónde ha adquirido Vd. ese perro? pregunté sin hacer caso de la nueva explosión cómica de la mujer británica. ¿Se puede saber?

—Era de mi señorita.

—¿Y qué fué de su señorita? dije con la mayor ansiedad.

—¡Ah! ¿Vd. la conocía? repuso la mujer. Era muy buena, ¿verdad usted?

—¡Oh! excelente... Pero ¿me explicará Vd. en qué paró todo aquello?

—De modo que Vd. está enterado, Vd. tiene noticias...?

—¿Pues no he de tener! Ha sabido todo lo que ha pasado, hasta aquello del té... pues. ¿Y diga Vd., murió la señora?

—¡Ah! sí señor: está en la gloria.

—¿Y cómo fué eso? La asesinaron, ó fué á consecuencia del susto.

—Qué asesinato, ni qué susto, dijo con expresión burlona: Vd. no está enterado. Fué que aquella noche había comido no sé qué, pues... y le hizo daño... Le dió un desmayo que le duró hasta el amanecer.

—Bah, dije para mí: Esta, ó no está enterada del incidente del piano y del veneno, ó no quiere darse por entendida.

Después dije en alta voz:

—¿Con qué fué de indigestión?

—Sí, señor. Yo le había dicho aquella noche: «señora: no coma Vd. esos mariscos;» pero no me hizo caso.

—Con qué mariscos ¿eh? dije con incredulidad. Si sabré yo lo que ha habido.

—No lo cree Vd.?

—Sí... sí, repuse aparentando creerlo. ¿Y el conde?

—¿Qué conde?

—Su marido, el esposo de la señora condesa, el que sacó el puñal cuando tocaba el piano.

La mujer me miró un instante y después soltó la risa en mis propias barbas.

—¿Se ría Vd...? Bah. ¿Piensa Vd. que no estoy perfectamente enterado? Ya comprendo, Vd. no quiere contar los hechos como realmente son. Ya se vé, como en eso hay causa criminal.

—Es que ha hablado Vd. de un conde y de una condesa.

—¿No era el ama de ese perro la señora condesa, á quien el mayordomo Mudarra...

La mujer volvió á soltar la risa con tal estrépito, que me desconcertó diciendo para mi capote: Esta debe de ser cómplice de Mudarra, y naturalmente ocultará todo lo que pueda.

—¿Usted está loco, añadió la mujer.

—*Inmático, inmático. Mh... suffocated... ¡Oooh! my God!*

—Si yo lo sé todo: vamos, no me lo oculte Vd. Dígame de qué murió la señora condesa.

—Qué condesa ni qué ocho cuartos, hombre de Dios, dijo la mujer volviéndose á reír.

—Si me engañará Vd. á mi con sus risitas, contesté. La condesa ha muerto envenenada ó asesinada; no me queda la menor duda.

En esto llegó el coche al Barrio de Pozas y yo al término de mi viaje. Salimos todos: la inglesa me echó una mirada que indicaba su regocijo por verse libre de mí, y cada cual se dirigió á su destino. Yo seguí á la mujer del perro, aturdiéndola á preguntas, hasta que entré en su casa, riendo siempre de mi empeño en saber cómo había muerto la condesa. Al verme solo en la calle, recordé el objeto de mi viaje y me dirigí á la casa donde debía entregar aquellos libros. Devolvílos á la persona que me los había prestado para leerlos, y me puse á pasar frente al Buen Suceso, esperando á que saliese de nuevo el coche para regresar al otro extremo de Madrid.

No podía apartar de la imaginación á la infortunada condesa, y cada vez me confirmaba más en mi idea de que la mujer con quien últimamente había hablado había querido engañarme, ocultando la verdad de aquella misteriosa tragedia.

Esperé mucho tiempo, y al fin, cuando ya principiaba á anoecer, el coche se disponía á partir. Entré, y lo primero que mis ojos vieron fué á la señora inglesa sentada donde antes estaba. Cuando me vió subir y tomar sitio á su lado, la expresión de su rostro no es definible; se puso otra vez amoratada y llena de sofocación, exclamando:

—¡Oooh!... Vd... mi quejarse al coachman... Vd. reventar mi forró.

Tan preocupado estaba yo con mis confusiones, que sin hacerme cargo de lo que la inglesa me decía en su híbrido y trabajoso lenguaje, le contesté:

—Señora, no hay duda de que la condesa murió envenenada ó asesinada. Vd. no tiene idea de la ferocidad de aquel hombre.

Seguía el coche, y de trecho en trecho se detenía para recoger pasajeros. Cerca del palacio real entraron tres, tomando asiento enfrente de mí. Uno de ellos era un hombre alto, seco y huesoso, con muy severos ojos y un hablar campanudo que imponía respeto.

No hacía diez minutos que estaban allí, cuando este hombre se volvió á los otros dos y dijo:

—¡Pobrecilla! ¡Cómo se lamentaba en sus últimos instantes! La bala le entró por encima de la clavícula derecha y después bajó hasta el corazón.

—¿Cómo exclamé yo repentinamente dirigiéndome á ellos. ¡Conque fué de un tiro! ¿no murió de una puñalada?

Los tres me miraron con sorpresa.

—De un tiro, sí señor, dijo el alto, seco y huesoso, con cierto desabrimiento.

—Y aquella mujer sostenía que había muerto de una indigestión, dije interesándome más cada vez en aquel asunto. Cuenta Vd. ¿y cómo fué?

—Y á Vd. qué le importa? dijo el otro con muy avinagrado gesto.

—Tengo mucho interés por conocer el fin de esa horrosa tragedia. ¿No es verdad que parece cosa de novela?

—¿Qué novela ni qué niño muerto? Vd. está loco ó quiere burlarse de nosotros.

—Caballerito, cuidado con las bromas, dijo el alto y seco.

—¿Creen Vds. que no estoy enterado? Lo sé todo; he presenciado varias escenas de ese horrendo crimen. Pero dicen Vds. que la condesa murió de un pistolazo.

—Válganos Dios; nosotros no hemos hablado de condesa, sino de mi perra, á quien cazando disparamos inadvertidamente un tiro. Si Vd. quiere bromear, puede bascarme en otro sitio, y ya le contestaré como merece.

—Ya, ya comprendo: ahora hay empeño en ocultar la verdad, dije juzgando que aquellos hombres querían desorientarme en mis pesquisas, convirtiéndome en perra á la desdichada condesa.

Ya preparaba el otro su contestación, sin duda, más enérgica de lo que el caso requería, cuando la inglesa se llevó el dedo á la sien, como para indicarles que yo no estaba bueno de la cabeza. Calmáronse con esto, y

no dijeron una palabra más en todo el viaje, que terminó para ellos en la Puerta del Sol. Sin duda me habían tenido miedo.

Yo continuaba tan dominado por aquella preocupación, que en vano quería serenar mi espíritu, razonando conmigo mismo los verdaderos términos de tan embrollada cuestión. Pero cada vez eran mayores mis confusiones, y la imagen de la pobre señora no se apartaba de mi imaginación. En todos los semblantes que iban sucediéndose dentro del coche, creía ver algo que contribuyera á explicar el enigma. Yo sentía una sobrescitación cerebral espantosa, y sin duda el trastorno interior debía pintarse en mi rostro, porque todos me miraban como se mira una cosa que no se ve todos los días.

VII.

Aún faltaba algún incidente que había de turbar más mi cabeza en aquel viaje fatal. Al pasar por la calle de Alcalá, entraron un caballero con su señora: él quedó junto á mí. Era un hombre que parecía afectado de una fuerte y reciente impresión, y hasta creí que alguna vez se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar las invisibles lágrimas, que sin duda corrían bajo el cristal verde oscuro de sus descombinados antiparras.

Al poco rato de estar allí, aquel hombre dijo en voz baja á la que parecía ser su mujer:

—Pues hay sospechas de que ha habido envenenamiento: no lo dudes. Me lo acaba de decir D. Mateo. ¡Desdichada mujer!

—¿Qué horror! Ya me lo he figurado también, contestó su consorte. ¿De aquellos cañes qué se podía esperar?

—Juró no dejar piedra sobre piedra hasta averiguarlo. Entonces, yo, que era todo oídos, exclamé también en voz baja:

—Sí señor: ha habido envenenamiento. Me consta.

—¿Cómo, Vd. sabe! ¿Vd. también la conocía? me dijo vivamente el de las antiparras verdes, volviéndose hacia mí.

—Sí señor: y no dude Vd. que la muerte ha sido violenta, por más que digan ahora que fué una indigestión.

—Lo mismo digo yo. ¿Qué excelente mujer era! ¿Pero cómo sabe Vd...?

—Lo sé, lo sé, repuse muy satisfecho de que aquel no me tuviera por loco.

—Luego Vd. irá á declarar al juzgado; porque ya se está formando la sumaria.

—Me alegró, para que castiguen á esos bribones. Iré á declarar, iré á declarar, sí señor.

A tal extremo había llegado mi obcecación, que concluí por penetrarme de aquel suceso mitad soñado, mitad leído, y lo creí como ahora creo que es pluma esto con que escribo.

—Pues sí, señor: es preciso aclarar este enigma para que se castigue á los autores del crimen. Yo declararé: fué envenenada con una taza de té, lo mismo que al joven.

—Oya, Petronila — dijo á su esposa el de las antiparras — con una taza de té.

—Sí, estoy asombrada — contestó la dama. — Cuidado con lo que fueron á inventar esos hombres.

—Sí, señor, con una taza de té. La condesa tocaba el pinno...

—¿Qué condesa? — preguntó aquel hombre interrumpiéndome.

—La condesa, la envenenada.

—Si no se trata de ninguna condesa, hombre de Dios.

—Vamos: Vd. también es de los empeñados en ocultarlo.

—Bah, bah: si en esto no ha habido ninguna condesa ni niñesa, sino simplemente la lavandera de mi casa, mujer del guarda-agujas del Norte.

—¿Lavandera, eh? — dije en tono de picardía. — Si también me querrá Vd. hacer tragar que es una lavandera.

El hombre aquel y su esposa me miraron con expresión burlona, y después se dijeron en voz baja algunas palabras. Por un gesto que vi hacer á la señora, comprendí que había adquirido el profundo convencimiento de que yo estaba borracho. Llenéme de resignación ante aquella ofensa, y callé, contentándome con despreciar en silencio, cual conviene á las grandes almas, tan irreverente suposición. Cada vez era mayor mi zozobra; la condesa no se apartaba ni un instante de mi pensamiento, y había llegado á interesarme tanto por su siniestro fin, como si todo aquello no fuera elaboración enfermiza de mi propia fantasía, impresionada por sucesivas visiones y diálogos. En fin, para que se comprenda á qué extremo llegó mi locura, voy á referir el

último incidente de aquel viaje; voy á decir con qué extravagancia puse término á aquel doloroso pugilato de mi entendimiento empeñado en fuerte lucha con un ejército de sombras.

Entraba el coche por la calle de Serrano, cuando por la ventanilla que frente á mí tenía miré á la calle, débilmente iluminada por la escasa luz de los faroles, y vi pasar á un hombre. Dí un grito de sorpresa, y exclamé desatinado: — Ahí va, es él, el feroz Mudarra, el autor principal de tantas infamias. Mandé parar el coche, y salí, mejor dicho, salté á la puerta tropezando con los pies y las piernas de los viajeros; bajé á la calle y corrí tras aquel hombre, gritando: — ¡A ese, á ese, al asesino!

Juzguese cuál sería el efecto producido por estas voces en aquel pacífico barrio.

Aquel hombre, el mismo exactamente que yo había visto en el coche por la tarde, fué detenido. Yo no cesaba de gritar: ¡es el que preparó el veneno para la condesa, el que asesinó á la condesa!

Hubo un momento de indescriptible confusión. Dijo él que yo estaba loco; pero que quieras que no los dos fuimos conducidos á la prevención. Después perdí por completo la noción de lo que pasaba. No recuerdo lo que hice aquella noche en el sitio donde me encerraron. El primer recuerdo que conservo después de tan curioso lance, fué el de haber despertado del profundo letargo en que caí, verdadera borrachera moral, producida no sé por qué, por uno de esos pasajeros fenomenos de enagenación que la ciencia estudia con gran cuidado como precursores de la locura definitiva.

Como es de suponer, aquello no tuvo consecuencias, porque el antipático personaje que yo bauticé con el nombre de Mudarra, es un honrado comerciante de ultramarinos que jamás había envenenado á condesa alguna. Pero aún por mucho tiempo después persistía yo en mi engaño, y solía exclamar: «Infortunada condesa; por más que digan, yo siempre sigo en mis trece. Nadie me persuadirá de que no acabaste tus días á manos de tu iracundo esposo.»

Ha sido preciso que trascurren algunos meses para que las sombras vuelvan al ignorado sitio de donde surgieron para volverme loco, y tome la realidad á dominar en mi cabeza. Me río siempre que recuerdo aquel viaje, y toda la consideración que antes me inspiraba la soñada víctima, la dedico ahora, ¡á quién creeréis! á mi compañera de viaje en aquella angustiosa expedición, á la irascible inglesa, á quien disloqué un pie en el momento de salir atropelladamente del coche para perseguir al supuesto mayordomo.

Octubre de 1871.

B. PEREZ GALDÓS.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA FIESTA DE TOROS.

Madrid, castillo famoso,  
Que al rey moro alivia el miedo,  
Arde en flechas en su coso,  
Por ser el natal dichoso  
De Alimón de Toledo.

SON NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORAÍN.

De antiguo registra como uno de sus pasatiempos favoritos esta buena villa de Madrid, y aún nuestra España toda, las funciones de toros, y unánimes los autores que de estas cosas han tratado, achacan y cargan á los moros el habernos contagiado é imbuido la afición á un espectáculo que hoy, y tengo para mí que con razón que nos rebosa, hemos dado en apellidar bárbaro.

Si los poetas fuesen gente digna de crédito, y si sus romances no merecieran tanta fé, por lo ménos, como las historias del arzobispo D. Turpin, materia tendría yo de sobra para remontar el abolengo de las fiestas de toros en España, no á los tiempos del Cid, de quien se dice que fué el primero que los alzó á caballo, sino hasta los del mismo Bernardo del Carpio\*, héros no

\* Uno de los romances moriscos que tratan de los andres de Muza, dice:

Por encima del tocado  
Una medallona lleva,  
Por ser cosa más movible  
Que cña el cielo y estera.  
Y motejar á Daraja  
Ser movible en lo que muestra,  
No por Bernardo el quien  
Mas por Muza, por quien entra  
á correr cañas y toros  
Y solemnizar la fiesta, etc.

ménos digno de fama y celebrado en verso y prosa que aquel, á quien Diego Lainez hizo

Bien centrado en su crisis.

Pero fiere ó no conseja que Bernardo del Carpio y el Cid Campeador, entre los cristianos, y los no ménos gallardos Muza y Gazúl, entre los moros, empleasen el rigor de su brazo en rejonear á las lunadas fieras rondañas ó de las vegas del Jarama, lo que no tiene vuelta de hoja es que ningún otro país del globo, que yo sepa, ha tomado á diversión y como cosa de juego, habérselas un hombre, cuerpo á cuerpo, con bestias de tal linaje.

Hoy es, y aún no hemos perdido los españoles el gusto por aquellos pasatiempos; pero ¡cuánto no han variado las cosas desde entonces!

¡Cuán diferente es el arte del toreo, la *tauromaquia*, como hoy decimos, desde que en vez de ser ejercicio que no desdeñaban los egregios y esclarecidos magnates, ha pasado á oficio mercenario y plebeyo!

Cierto que en nuestros días se ha inventado esa ridícula parodia de los *toreros*, y que gentes que presumen de rancia prosapia, toman al estoque y *despachan* un becerro mamon; pero tal pasatiempo no sirve de otro que de poner de resalte la degeneración de la raza, y el olvido del esmero y bravura con que los españoles del siglo XVII acometían hazañas, que hoy podemos mirar como fabulosas.

Fero ¡qué no habían de hacer aquellos caballeros, á quienes todo un emperador Carlos V dió ejemplo, en su tiempo, lidiando toros \* en Valladolid?

No fué ménos que él en este linaje de bizarría su biznieto, el galante Felipe IV, y á su imitación innumerales caballeros pisaron la arena de los circos \* y no se desdeñaron de escribir libros que fuesen norte y guía de los que á tales ejercicios se entregaban.

Pero dejando en este punto de rodeos, creo, lector benévolo, que lo más acertado y en razón que hacer podemos, es enderezar nuestra imaginación, ya que nuestros pasos no, hácia una fiesta de toros de las que entonces se celebraban.

De días atrás es asunto constante y pasto de todas las conversaciones la función de toros que ha de regocijar la villa y corte, función que es una de las tres votivas que al año se solemnizan \* y que por lo tanto deberá autorizar con su presencia el poderoso monarca de ambos mundos.

Todos los mentideros de la villa \* los corrillos de la Puerta de Guadalajara, las losas de palacio y los vitrofes de la calle Mayor, son oficinas y correos de noticias, en donde cada desocupado desagua el caudal de sus nuevas, dudosas unas, equivocadas otras, falsas las más, respecto á los caballeros que deben *ensayar en plaza*, *quebrar rejones* y acabar con el toro en el lance de la *espada*, si el caso llegaba á presentarse.

Oigamos, si no, un corrillo de caballeros mozos lucidos al uso, con sombreros adornados con cordones de pelo, para blasonar de favorcidos de las damas; medias de seda de Italia ó de pelo, zapatos cuadrados, á uso de corte \*, gregüescos anchillados y los bigotes que á tiro de ballesta descubrian haber dormido en bigoteras de ámbar \*.

\* En las fiestas celebradas para solemnizar el nacimiento de Felipe II.

\* Los circos. Dice Góngora, en los cuatró primeros versos de una décima:

Juegan cañas, corren toros  
Corresanos caballeros,  
Por lo gallardo Rugeros,  
Y por lo lindo Medóros.

\* Moratin (D. Nicolás) *Carta histórica, sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España*, dirigida al príncipe Figueras.

\* Todos los mentideros de la villa. Había varios, el más famoso era el de las *Oradas de San Felipe* (véase la nota correspondiente al artículo titulado *Una pica en Flandes*, número 20 de LA ILUSTRACION DE MADRID). Era otro el mentidero de representanzas, situado en la plazuela que formaba la calle del Leon en su entrada por la calle del Prado. No lejos estaba un tercer mentidero, denominado de *varones ilustres*; véase como lo dice Calderon en *El Astrólogo fingido* (Jor. II, Esc. 111).

DON ANTONIO. Pasé adelante aquellas cuatro esquinas  
De la calle del Lobo y la del Prado,  
Á que por nombre ha dado  
Una discreta dama, mentidero  
De varones ilustres, etc.

Un escritor de nuestros días ha dicho, equivocadamente, que este mentidero estaba cerca de la Puerta de Guadalajara, siendo así que esta se hallaba en el extremo de las Platerías, próxima á la entrada de las calles de Milanese y de Santiago, como lo dice Cervantes en el capítulo XXIV de la segunda parte del *Quijote*.

\* Zapatos cuadrados, etc. Así lo dice el mencionado Cervantes, en el capítulo XXIV de la segunda parte del *Quijote*.

\* Bigoteras. Los que se preclaban de la gentileza de su persona adobaban con ungüentos sus bigotes al acostarse y los con-

—No pongais duda en mis noticias; las he bebido en buenas fuentes.

—Venir la nueva de vuestra boca, Sr. D. Antonio, es la mejor prueba de su certeza.

—Como que sois el fénix de los mentideros.

—Traeis siempre más sucesos para referir que *Gaceta de Venecia*.

—Esta nueva acabo de tenerla de boca del mismo don Gaspar de Bonifaz, que sobre ser caballero de su majestad, sabeis que es uno de los que deben correr toros.

—Muy de ver será la fiesta, porque no sólo tan noble y bizarro caballero entra en ella, sino tambien el valentísimo Castillana.

—Ya no extraño que su majestad tenga prisa de verla.

—No sólo los toros le meten prisa.

—¿Qué es posicosa? señor D. Antonio.

—No os vengais con enigmas, á guisa de esfinge tebana.

—Dícese... pero ¡chiton!

—Haced cuenta que arrojaís el secreto en la sima de Cabra.

—Pues hay quien sospecha, y cuenta que no lo saco de propia invención, que ha sido antojo de cierta mozueta...

—¿De la *Marisapalos*?

—*Tu dixisti*.

—¿Pero es posible que el rey se prende siempre...!

—Sellad el labio, Sandoval.

—Ciertos que las paredes oyen, como ha dicho el corcovado Alarcon, poeta entre dos platos.

—Los desaciertos de los reyes para juzgados son de Dios.

—Ello es que mañana tendremos toros.

—Lleguémonos, si gustais, á la *Plaza Mayor*, y vereis los preparativos que ya han principiado.

—En razón hablais; y con eso pasaremos el tiempo hasta que llegue la hora de oír misa en la Victoria.

(Se conclura.)

JULIO MONREAL

### EL CONDE DE GIRGENTI.

Todas los periódicos de Madrid, con una sola y lamentable excepcion, han dedicado algunas frases de respeto á la memoria del conde de Girgenti y al inmenso infortunio de su ilustre viuda. LA ILUSTRACION DE MADRID se asocia al sentimiento que tan noblemente ha expresado la prensa política española y publica hoy en la primera de sus planas el retrato de este desventurado príncipe.

Cayetano María Federico, conde de Girgenti, era el sexto entre los hijos de Fernando II, rey de las Dos Sicilias, y nació el 12 de enero de 1848. En 13 de mayo de 1868 contrajo matrimonio con una infanta de España, con doña María Isabel Francisca de Asis, que á la sazón no habla cumplido aún diez y siete años.

Nadie ha puesto en duda las cualidades de honradez y de caballerosidad que formaban el carácter del conde de Girgenti, uno de los vástagos más distinguidos de la familia real de Borbon, que tantas desgracias ha conocido en estos últimos tiempos; sus mismos adversarios políticos hicieron justicia á la conducta que observó al estallar la revolución de 1868, y elogiaron unánimemente el valor de que dió pruebas en la batalla de Alcolea, en la cual mandaba, como coronel, un regimiento de húsares que formaba parte del ejército que se batió á las órdenes del marqués de Novaliches en aquella memorable jornada.

No era esta ciertamente la primera función de guerra á que asistía el animoso príncipe; en la gran batalla de Sadowa, que tan adversa fué para las armas y para la fortuna política del imperio austriaco, hizo ya aquél,

servaban en bigoteras, que eran unas tiras de gamuza, generalmente perfumadas con ámbar. A esto efectada costumbre alude el gracioso *Quijote* en los siguientes versos de la escena XII de la jornada II de la comedia de Calderon *El médico de su honra*:

... yo voy  
De la cama levantarse  
En capon con bigoteras.  
¡No te tías de pensarle  
Curándose sobresano  
Con tan vagamundo parche!

Veles de Guevara, en *El Diablo Cojudo*, tranco segundo, dice: «Mira aquel puelado de lindo, ó aquel lindo de los más precitados, como duerno con bigoteras torcidas de papel en las guedejas y el copete, etc.»

siendo casi un niño, alarde de su serenidad y de sus dotes militares.

Vivia ahora retirado en Lucerna cariñosamente asistido por su noble esposa, que le prodigaba los más solícitos cuidados para hacerle soportable la crudísima enfermedad que venia sufriendo hace algun tiempo, los accidentes epilépticos, que se repetian con dolorosa frecuencia, ponian al conde en ese estado de imponderable exasperación que se presenta ordinariamente en los que tienen la desgracia de padecer tan penosos males, y contra la prevision de cuantos le acompañaban y veian en los últimos días de su vida, puso fin á esta de una manera tan inesperada como horrible en la tarde del 26 de noviembre, momentos despues de regresar de su paseo ordinario. Tal vez no había lncido, hacia mucho tiempo, más hermosa ni más serena la aurora de ningún otro día que la de éste para el conde de Girgenti, pues la exacerbación de su mal y los síntomas más alarmantes del mismo se habían calmado, aunque por desgracia pasageramente, y le permitieron dedicar algunas horas de la mañana á las honestas y plácidas distracciones que recreaban su ánimo cuando la enfermedad le concedia alguna tregua, y aún había dispuesto asistir con su inseparable compañera, con su esposa, aquella noche á la función del teatro.

La muerte del príncipe fué lenta; la bala le produjo una herida mortal de necesidad, pero el infortunado conde vivió algunas horas, amorosamente cuidado por su virtuosa é inconsolable esposa, y pudo recibir los últimos sacramentos de la Iglesia, así como más tarde recibió la bendición apostólica que para él fué oportunamente solicitada del santo y bondadoso Pio IX.

El conde de Girgenti no ha dejado sucesion; deja una viuda, que aún no ha cumplido veinte años, la cual, como sus hermanos y toda su familia, le lloran hoy en el destierro y no se consolarán nunca de tan irreparable pérdida. ¡Qué Dios haya recogido en su santo seno el alma de Girgenti!

G.

### JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

### LA ILUSTRACION DE MADRID.

#### PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		GUARA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses . . . . .	25 rs.	Medio año . . . . .	80 *
Medio año . . . . .	48 *	Un año . . . . .	150 *
Un año . . . . .	80 *		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses . . . . .	30 *	Un año . . . . .	240 *
Seis meses . . . . .	50 *	Cada número suelto	
Un año . . . . .	100 *	en Madrid . . . . .	4 *